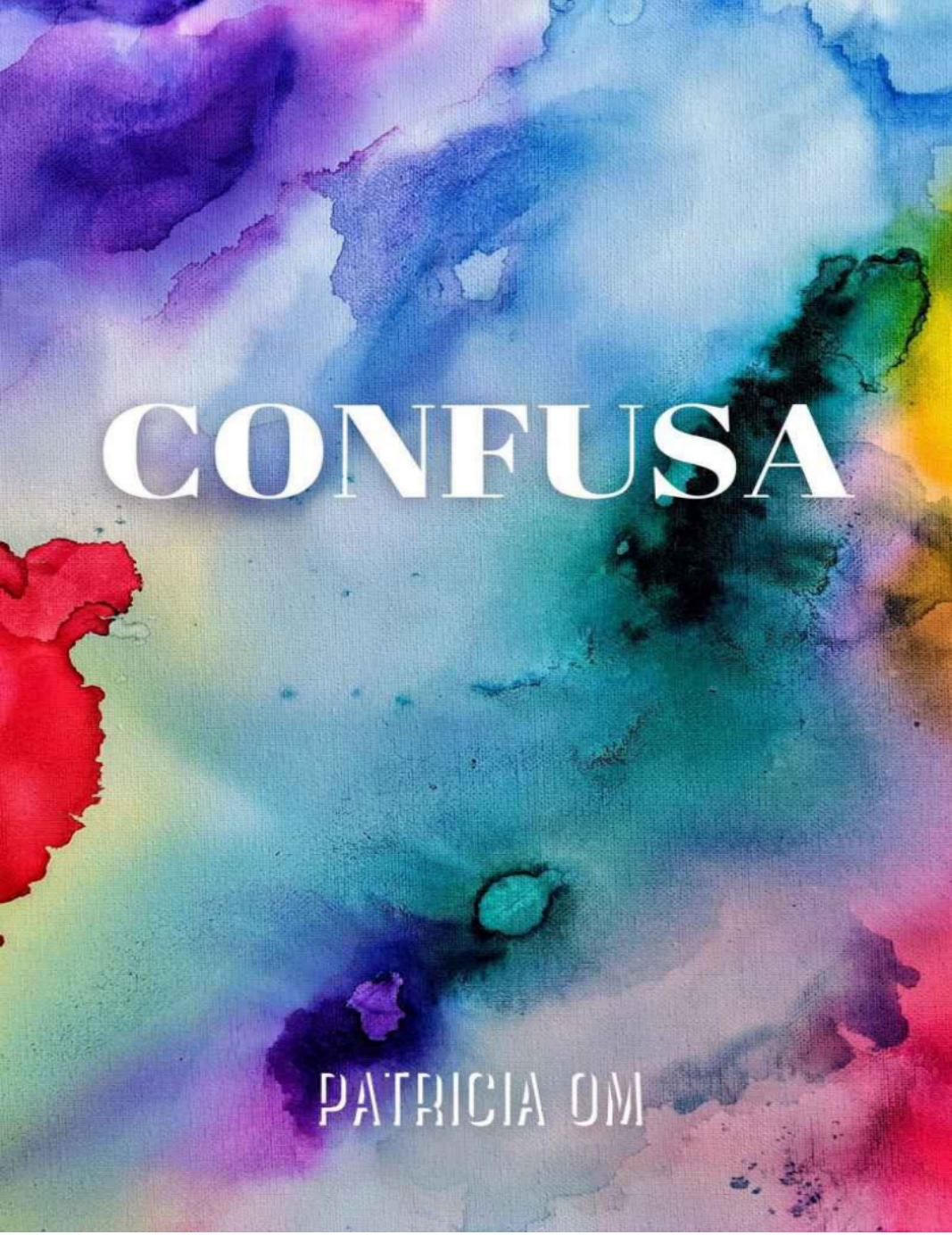
CONFUSA
PATRICIA OM

Contents

CONFUSA
1
2
3
4
5
6
7
Epílogo
Obras de la autora

CONFUSA

Patricia Om

Copyright © 2020 Patricia Om
Todos los derechos reservados.

1

Ernestina se sentó en el peldaño más alto de la escalera que bajaba a la playa. Prefería aquel lugar a cualquier otro en el mundo. El mar se acercaba, sigiloso, espumando los bordes de arena para, después, alejarse con la gallardía del paso de un rey. El paisaje la extasiaba, le llenaba los ojos de colores mientras la brisa le enredaba el cabello.

Le extrañó no sentir frío. Ella, que lo sufría tanto.

Dentro de la casa sonaron unos pasos. Sería Tutu, que habría llegado más temprano. Saldría a buscarla seguramente. Lo saludaría con una sonrisa ligera, con el amor brotándole por los poros. El atardecer estaba en su apogeo y, por alguna razón de la que no tenía registro, anhelaba verlo, deleitarse con los destellos rojizos que devendrían, a los pocos segundos, en brillantes lenguas naranjas. Se le antojaban trazos de un pintor extraordinario que gustaba de crear una obra diferente cada día. Porque ninguna puesta era igual a la anterior.

Cruzó los brazos y se quedó absorta, con la mirada perdida en la inmensidad de aquel manto acerado, sobrecogedor e inquieto.

Tutu apareció en el balcón con una taza de café en la mano. Tenía los ojos ausentes, parecía triste. Luego le preguntaría. Ahora estaba sumergida en el sol que se hundía con calma en las saladas fauces del mar.

Cuando por fin emergió la noche, la joven se puso de pie, se acercó hasta su esposo y, en silencio, como si de un ritual se tratara, entraron en la cabaña.

—Estás triste.

Él no contestó, giró apenas la cabeza y paseó por la sala su entrañable mirada parda.

Era la hora del noticiero, solían verlo juntos. ¿Dónde estaría el control remoto? Buscó en los recovecos de los sillones, en el piso, sobre la mesa ratona, hasta que, de pronto, la pantalla se iluminó. Levantó una ceja.

—Podrías haberme avisado que lo encontraste —protestó, y se acurrucó en el sillón con la cabeza sobre la campera marrón que colgaba del apoyabrazos, junto a una chalina. Se abrazó a sí misma, encogiendo las piernas. Tutu se apoyó en la barandilla del desayunador.

El presentador hizo gala de un humor anticuado al introducir las noticias del día. Un accidente de coche. Una tormenta que se acercaba. Una víctima. Dos timbrazos interrumpieron el monólogo. Ernestina se rascó la cabeza y espió a su marido por encima del hombro. Refunfuñaron. No tenían ganas de visitas. De todos modos,

no podían no atender, era imposible negar que estuvieran en casa, la camioneta estacionada afuera los delataba.

A través del ventanal, Tutu distinguió las figuras de su socio, Alejandro, y de su esposa Marisa.

Ella lo saludó con un abrazo y un beso en la mejilla, Alejandro le palmeó el rostro con cariño. Traían una caja de pizza y dos botellas de cerveza.

—Hemos venido a cenar y no aceptaremos un no por respuesta — indicó Marisa luego de pasar el brazo por encima de sus hombros. Alejandro apoyó las botellas en el desayunador y miró a Ernestina que se había levantado de un salto.

—¡Qué bueno que vinieron! —Suspiró esta—. ¡Ya no sé qué hacer para alegrar un poco a este hombre! ¡Desde que llegó tiene una cara de culo...!

Los visitantes la miraron con indiferencia. No la querían. Ella lo sabía, pero no le importaba. Eran amigos de su marido, no suyos. Se toleraban por él.

Rara vez aparecían por su casa y, cuando lo hacían, ella se retiraba a dormir con cualquier excusa o, de enterarse con tiempo, se ocupaba de citarse con alguna amiga. Esta vez la habían sorprendido, así que mejor iría a acostarse. Vería el noticiero en la habitación. Suerte que tampoco tenía hambre, o le habría caído mal la comida. Pasó junto a ellos con una sonrisa provocadora y dejó un beso en la mejilla de Tutu, que pareció estremecerse. Se alejó contoneando las caderas de forma exagerada, riendo por lo bajo, mientras un complaciente silencio la acompañaba. Tutu estaría embobado mirándola, seguro.

—¡Cambia esa cara, amigo! —oyó la voz de Alejandro. Miró de rabillo escaleras abajo. Tutu había metido la cara entre las palmas y comenzado a llorar. ¡Qué extraño! Con el corazón en un puño, se metió en el dormitorio y se recostó en la cama.

Despertó algo atontada, sin fuerzas y sin noción del momento en el que se había quedado dormida, pero, cuando al girar sobre sí misma vio a Tutu durmiendo a su lado, se sintió feliz. Se acomodó mejor para contemplarlo. Era hermoso, tenía la piel ligeramente morena, suave como la seda, unas pequeñas gotas de sudor se le acumulaban en la frente y el pliegue superior de los párpados. Las sopló con suavidad. No quería despertarlo. Lo adoraba. Amaba ese torso en el que solía apoyar la cabeza para mirar las estrellas, cuando, tirados en el jardín, reían por cualquier cosa. El brazo izquierdo doblaba hacia arriba, la mano caía blanda sobre la almohada. Sintió un breve escozor en los ojos, la emocionaba mirarlo, tan perfecto, tan suyo... Lo amaba más que a nada en el mundo.

Se sentó despacio hacia su lado y tanteó el suelo con los pies

desnudos, buscando algo para calzarse. Al no encontrarlo, se levantó descalza. Ansiaba ver el sol. Bajó con cuidado las escaleras y, al llegar a la planta inferior, se sintió acongojada. La luz dibujaba renglones en la persiana.

Sonrió al ver las pantuflas debajo del sillón blanco. En el brazo descansaban su chalina violeta y la campera marrón. Se acercó sigilosa, una oleada de nebulosa nostalgia la embargó, algún recuerdo, no sabía qué. Se agachó. La campera tenía manchas de sangre. ¿Las habría visto Tutu? Debía limpiarla. Mas tarde. Ahora el sol comenzaba a brillar sobre la carretera. Tenía que salir al jardín, necesitaba verlo.

Esta vez se sentó en la escalinata del frente de la cabaña y apoyó el mentón en su puño cerrado. El paisaje era hermoso: el portón del jardín se veía oscuro con el contraluz, y el sol se colaba entre los tablones. Las casas del otro lado de la ruta eran siluetas que iban iluminándose a medida que el astro se elevaba sobre un cielo entre nublado y desierto. Ernestina se llenó los pulmones de aire y estiró los brazos. Se sintió afortunada.

¿Por qué entonces sentía esa imperiosa necesidad de llorar? Una angustia obscena le oprimió el pecho. ¡Era tan bonito el sol! ¡Tan sobrecogedora su luz!

Detrás suyo, la puerta se abrió. Tutu bajó la escalinata y subió a la camioneta. ¿Qué le sucedía?

El muchacho hundió la cara entre los nudillos blancos que apretaban el volante. ¿Estaba llorando?

—¿Qué pasó? —preguntó entre confundida y asustada, levantándose. Caminó de prisa para alcanzarlo, pero él arrancó el vehículo y se marchó.

—¡Tutu! —gritó—. ¡Tutu! ¿Qué pasó? ¡Tutu!

No la había escuchado. Ni siquiera la había mirado. ¡La había ignorado por completo! Pateó el piso con el cuerpo tenso y los puños apretados. A veces sentía ganas de golpearlo. ¿Por qué ni siquiera la había mirado?

Se tiró en el césped y se hizo bolita como cuando era niña. Y se echó a llorar.

El ruido del portoncito de entrada la sobresaltó. Se acuclilló apenas, lo suficiente como para asomar los ojos por encima de las azaleas que, por cierto, ¡se veían fantásticas! ¿Alguien intentaba entrar? Afinó la vista. Era su vecina. Verónica Robles. «¿Qué hace? Se ha detenido junto a la ventana, sobre las puntas de los pies... ¿Qué quiere ver?».

¿La buscaría a ella? ¿A Tutu? ¿Por qué no tocaba el timbre? ¿Habría tocado? Tal vez se había dormido y no lo había escuchado sonar. No tenía ganas de hablar con ella, en cuanto le dijera hola, no

se la sacaría más de encima. Pero la vecina no se iría tan fácilmente. Seguramente había visto salir a Tutu en la camioneta y supondría que ella seguía dentro de la casa, querría sonsacarle si se habían peleado. ¡Uf! No. No tenía ganas de soportarla, le haría creer que estaba en la playa y que no la había escuchado llegar.

Se quedó muy quieta, con la respiración contenida. El aire olía a miel y a vainilla. ¿Verónica había traído el postre que le gustaba a Tutu? ¡Será zorra! ¡Buena excusa para venir a sonsacarle! Pero ¿qué estaba haciendo? ¡Se estaba metiendo en su propiedad! ¿Quién le había dado permiso?

Verónica Robles abrió el portoncillo de madera y se metió por el jardín. Pasó por su lado, pero como llevaba la vista fija en la casa, no registró su presencia. Ernestina tampoco hizo mucho para que notara que estaba escondida entre las plantas.

Sintió ganas de dar un buen grito, solo por el placer de asustarla. Pero la vecina llevaba en las manos el paquete con el postre y, de sobresaltarse, soltaría y caería en las lajas que tanto trabajo le había costado barnizar a Tutu. Sí, la muy ladina había comprado el postre de miel y vainilla. ¡Qué bien olía! Suerte que no sentía hambre, de lo contrario, le hubiera costado contenerse de acercársele.

La vecina llegó a las ventanas e intentó ver hacia adentro haciendo pantalla con su mano libre. Luego fue hacia la puerta. No acostumbraban a cerrar con llave durante el día. ¡No pensaría entrar...!

Sí, estaba entrando.

Verónica bajó lentamente el pomo de la puerta y la abrió.

—¡Tupac! —canturreó con voz suave.

«¿Acaso no sabe que no está? ¡Claro que sabe! ¡Por eso vino esta malnacida!».

La vecina abrió la puerta de par en par.

—¡Tupac! —volvió a llamar. Ernestina salió de su escondite y caminó hacia la entrada con pasos cortos, intentando no hacer ruido. Verónica dejó el postre sobre el desayunador y miró hacia todos lados. «¡Será curiosa!».

Estuvo tentada de cerrar la puerta de un golpe y darle el susto de su vida. Pero necesitaba averiguar qué diablos hacía en su casa.

La vecina recorrió la sala, miró la playa a través del ventanal y se llevó la mano a la boca para ahogar un gemido. «¿Está llorando?, ¿ella también?» ¡Ah, no! ¡Ahora sí que tenía que averiguar qué estaba pasando! La miró bien. Era una linda chica, ¿se había cortado el pelo? ¿cuándo? Estaba segura de haberla visto entrar con su larga melena rubia. ¿O había sido ayer?

Verónica siguió recorriendo la sala, se detuvo frente al sillón blanco, estudiaba la campera marrón. Cruzó los brazos y giró medio

cuerpo hacia la puerta, como si quisiera asegurarse de que no había nadie más por allí. Suerte que Ernestina era buena con los reflejos y alcanzó a parapetarse detrás de la pared, evitando que la viera. Esperó unos segundos y se agachó para entrar a gatas. Se escondió detrás del desayunador.

Verónica miró hacia la escalera y se dirigió muy resuelta hacia allí, subió. Ernestina fue detrás sin dar crédito a lo que sucedía. Se agazapó detrás de un modular del pasillo y, a través del espejo, la vio tenderse en la cama a mirar el techo, las manos enlazadas detrás de la cabeza. ¿Estaba sonriendo? ¿Debería llamar a la policía?

La vecina se levantó de un salto y se miró en el espejo del tocador, se sentó en la butaca y abrió el cajón más alto. Luego ocultó el rostro entre las manos. ¿Estaba llorando otra vez? «¿Qué hace? ¡Tiene un cuchillo! ¡Está cortando mi ropa, la hace jirones...! ¿Por qué?».

Roja de furia se detuvo en la entrada de la habitación y la miró con los ojos en llamas.

—¿¡Qué haces!? —gritó, al tiempo que estampaba la puerta, abriéndola de par en par. Verónica quedó petrificada por un segundo, luego dio un alarido y salió corriendo. Ernestina fue detrás. La vecina gritaba como una loca mientras bajaba los escalones de dos en dos, agarrándose de la barandilla con ambas manos. Ernestina estaba furiosa.

—¡Ven acá! ¡Explícame qué pretendías hacer!

Verónica intentaba abrir el portoncito del jardín que, evidentemente, se había trabado. Volvió a gritar y salió corriendo. Cruzó la carretera sin mirar a los lados, suerte que ningún automóvil pasaba en ese momento. De todos modos, a Ernestina se le erizó la piel cuando la vio tan a tontas y a locas.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡No esperaba que se asustara de esa manera!

De todos modos, una íntima satisfacción la hizo sonreír. Se metió nuevamente en su casa, la puerta había quedado abierta y así la dejó. Fue a su habitación, su ropa estaba tirada en el piso, sus maquillajes, el enorme oso de peluche que Tutu le había regalado cuando cumplieron el primer aniversario... ¡Cuánto tiempo había pasado!

Otra vez escuchó la puerta. Se asomó por la barandilla. Otra vez Verónica... ¡Con el cuchillo! ¿Qué... qué hace?

Instintivamente se apartó hacia la derecha para quedar escondida en la sombra de una columna

Cuchillo en mano, la vecina subió la escalera hacia el dormitorio con mirada decidida. Ernestina se desplazó hasta quedar detrás del postigo de la puerta ventana que daba a los jardines, buscó con la vista el aparato telefónico, estaba al otro lado, no podría alcanzarlo sin que la vecina la viera.

Una vez en la habitación, Verónica abrió el primer cajón del tocador y, luego de hurgar adentro, comenzó a desgarrar la ropa guardada en él, mientras una sonrisa curvaba sus labios. Ernestina quedó estupefacta.

Tal vez podría aprovechar la distracción de Verónica podría acercarse al teléfono, pero un ruido proveniente de la planta baja le anunció que su marido acababa de entrar.

«¡Tutu!». ¡Tenía que advertirle! ¡Debía gritar! ¡Aún a riesgo de que Verónica se abalanzara sobre ella y le enterrara el cuchillo en el estómago! ¡Tutu tenía que salvarse! Respiró hondo y quiso gritar, pero la voz no le salió. Estaba temblando, no podía ni moverse. Verónica se asomó por la puerta y se acercó a la barandilla, sigilosa.

—¡Hey! —le gritó al joven con la mano en alto.

«¡Qué desfachatada es esta mujer!».

Tutu la miró con el entrecejo fruncido mientras caminaba hasta el refrigerador. Ernestina se mordió las uñas, intentando pensar una salida para los dos.

«Seguro piensa que esta estúpida vino a visitarme a mí. ¡No subas, por favor! ¡Es peligrosa, está loca!».

Pensó en empujarla a través de la baranda. Tarde. La otra ya estaba corriendo escaleras abajo con una enorme sonrisa en los labios. «¿Y el cuchillo?».

Se asomó como para hacer alguna seña a Tutu, para advertirle, que huyera. Lo que vio la paralizó como si aquel puñal se le hubiera clavado en el pecho.

La vecina y su marido se abrazaron, ella le rodeaba con los brazos el cuello y él, con los suyos, la cintura, juntaron sus bocas entreabiertas y se fundieron en un despiadado beso que le heló la piel. Se llevó la mano a la boca para ahogar el mismo grito que antes no había podido gritar, el alma se le hizo añicos en un segundo. «¿Qué diablos está pasando?». Se le estranguló el aire en medio del esternón, pero no logró despedir una sola lágrima.

Su Tutu. Su marido. Su vecina.

Y ella ahí, de pie, aferrada a la barandilla, sin atinar a nada, con ganas de vomitar, mirando cómo se recostaban en el sillón blanco y seguían besándose sin sospechar que ella los observaba. Se sentó en el piso frío, contra la columna, y abrazó sus piernas.

—No puedo —exclamó él de pronto, apartando a la muchacha que se le había echado encima.

Verónica resopló con fastidio y se sentó, acomodó sus cortos mechones de pelo y le acarició el cabello.

—Entiendo —susurró—. Tengo algo que te va a alegrar, flan de vainilla y miel —agregó mientras se ponía de pie. Luego colocó sus manos en la cintura y lo increpó con cierta resignación—. A mí

también me cuesta, créeme. Pero, de verdad creo que podemos solucionarlo...

Su voz era melosa y suave. Ernestina sacudió la cabeza, había cosas que no estaba comprendiendo. Verónica la había visto, sabía que ella estaba en la casa «¿Lo hace a propósito para poner a Tutu en evidencia? ¿O se olvidó de que la saqué corriendo? ¿Que la vi revolviendo mis cosas?». De modo instintivo, giró la cabeza hacia el dormitorio. Todo estaba en orden. Se aseguró de que no la vieran y caminó con cautela hacia el interior del cuarto apoyando con cuidado las plantas de los pies descalzos, observó atónita que todo estaba en su lugar. Sobre el mueble no había ningún cuchillo; su ropa no estaba en el piso. «¿Qué había pasado?». Recorrió lentamente el dormitorio. En cuatro patas revisó debajo de la cama. Todo estaba impecable.

Haciendo un gran esfuerzo por recordar, caminó otra vez hasta la barandilla y miró hacia abajo. Tutu se había sentado en el sillón blanco y había hundido el rostro entre las manos. Verónica lo rodeaba por los hombros en actitud protectora. Habían bajado las persianas, todo estaba en penumbras.

¿Por qué lloraba Tutu? ¿Qué había sucedido? ¿Y ella, qué hacía? ¿Pensaba quedarse allí, de pie, mirándolos hacerse arrumacos en su propia casa, en su propio sillón?

Verónica se levantó y tomó la campera marrón y la chalina. «¿Qué hace?».

Le pareció que ya era hora de que les anunciara su presencia, que les dijera que los había visto, que lo sabía todo. Estaba a punto de levantarse para bajar las escaleras, cuando Tupac se limpió la cara con la manga del jersey, fue hasta el desayunador y regresó con una bolsa de basura negra. Se comprendieron con una sola mirada. «¿Por qué meten mi campera y mi chalina en la bolsa? ¿Las van a tirar? ¡Que las voy a limpiar!». Tutu le plantó otro beso en la boca a Verónica Robles y ella le mostró el cuchillo. Él cerró la bolsa y la dejó a un costado, comenzaron a subir la escalera tomados de la mano, el cuchillo lo llevaba él. Entonces comprendió todo y un sudor frío le recorrió la espina. ¡Iban a matarla! ¡Sabían que estaba allí! ¡Tenía que salir ya! Pero, ¿por dónde?

Guardó silencio. A la derecha, la cortina del ventanal le dio una idea, se colocó detrás y contuvo el aire mientras pasaban junto a ella. Debería lanzarse después escaleras abajo y huir, pero antes quería verlos buscarla, quería convencerse de que realmente estaba sucediendo y que no era todo producto de una espantosa y amarga pesadilla.

Los infieles se metieron en el dormitorio. Seguramente Tutu se metería en la cama y la llamaría: *¡Ernees!,* mientras Verónica se escondería, tal vez dentro del placar, o en el baño, y, en cuanto ella

llegara, inocente de todo, Tutu le clavaría el cuchillo en el pecho. *Su* Tutu. Se llevó la mano a la boca para no gritar de rabia, de impotencia, de miedo.

Sin embargo, nada de lo que imaginó sucedió. Tutu se recostó sobre el lecho con una sonrisa, Verónica se acercó, sensual y gatuna. De a poco, sus ropas volaron por el cuarto, se arrodillaron sobre los cojines, frente a frente, con los torsos desnudos y empezaron a besarse otra vez. ¡En su propia cama!

¿Cómo podían hacer eso? ¡Tutu! Quiso llamarlo, pero no podía delatar su presencia. ¿En qué se había equivocado tanto? Ella lo amaba, y creyó... No. Estaba segura. Él también la amaba. Se lo había dicho cientos, miles, millones de veces, mientras miraban las estrellas, mientras nadaban desnudos en el mar en las noches de verano. Él, incluso, había comprado esa casa para que estuvieran juntos, lejos de la ciudad, para estar solos... ¿Cuándo fue que dejó de amarla? ¿Cuándo se enredó con Verónica Robles? ¿Cuánto hacía que lo hacían a espaldas suyas?

El dolor dio paso a una furia incontenible mientras la cama, *su* cama, se sacudía al ritmo de las caderas de Verónica que subía y bajaba sobre ese cuerpo que tanto amaba, que era suyo, que le pertenecía y que nunca había querido compartir con nadie.

Los dedos se hundían en las carnes del otro, las respiraciones se volvían intensas, se entrecortaban. Ernestina se llevó las manos a los oídos. Verónica irguió su espalda y las manos de Tutu atraparon su cintura. La joven se movió, frenética, hasta que, con horror, Ernestina escuchó el largo gemido del hombre, *su* hombre; la vecina arqueó su cuerpo y abrazó los labios de su marido con la boca.

Era demasiado. Ya no pudo contenerse. El cuchillo estaba sobre la mesa de noche.

Ni siquiera la escucharon, tan absortos en sí mismos estaban. Ernestina entró a gatas y, con manos temblorosas, intentó agarrar el arma, pero se le escurrió de entre los dedos y cayó sobre la alfombrilla junto a la cama, con tan mala suerte que rebotó después sobre la brillante cerámica.

Tutu y Verónica quedaron estáticos ante el ruido del metal contra el piso. Ernestina alcanzó a escurrirse bajo la cama.

—¿Qué fue eso? —preguntó el muchacho, apartando a su amante con un ligero empellón.

—No lo sé —respondió ella, agitada—, algo que se cayó.

Tutu se dispuso a levantarse para averiguarlo. Con la vista fija en la puerta, giró y estiró las piernas.

—¡Mierda! —masculló. Había pisado el cuchillo, al que se quedó mirando durante una fracción de segundo y se agachó para recogerlo. Ernestina se encogió contra la pared, con los puños apretados sobre la

boca.

—Debe haberse caído con el movimiento de la cama —dijo Verónica entre risas. Él lo dejó nuevamente sobre la mesita y se recostó a su lado, bufando.

—¿Te asustaste? —bromeó ella.

—La verdad es que sí, pensé que había entrado alguien —suspiró —. No me siento cómodo en esta cama... ya sabes.

Verónica le revolvió el cabello y le dio un beso en la mejilla.

—Soy yo quien debería sentirse incómoda. La podemos vender. O podemos ir a un hotel. —Su risa sonó fresca.

A Ernestina le sonó a escarnio y a veneno. Acurrucada bajo la cama, lloraba en silencio, con el alma apretada de dolor. Quiso gritar, pero el miedo la mantuvo paralizada. Ellos tenían un cuchillo.

Seguramente, estarían convencidos de que ella andaba por la playa; era la hora en la que solía salir a mirar el mar. ¿Lo hacían siempre que ella se iba? ¿Ensuciaban de una forma tan vil sus atardeceres? ¿En su propia cama? ¿Tan ilusa había sido? El dolor dio lugar a la rabia, luego a la frustración, y finalmente, a la ira.

Un pie de Verónica se asomó bajo las mantas y bailoteó a centímetros del piso. Lo vio a través del espejo que cubría la puerta del baño, tenía la pierna de la intrusa justo al alcance de la mano. Podría agarrarla por el tobillo y darle un susto de muerte. Pero aún estaba Tutu, él sabría que los había visto. Ambos lo sabrían. Y tenían un cuchillo. Tenía que esperar a que salieran de la habitación. O a que se quedaran dormidos. Pero era temprano para eso. El sol aún estaba alto. ¿Por eso lloraba Tutu? ¿Porque pensaba dejarla? ¿Sentiría culpa? ¡Y la muy turra lo consolaba!

La cama empezó a moverse de nuevo. «¡Menos mal que no le gusta hacerlo en nuestra cama!».

Más con ello, otra oportunidad se le presentaba. Estarían tan ensimismados uno con el otro, que podría hacerse con el cuchillo y rebanarle la cabeza a Verónica, o cortarle una teta de cuajo, o meterle el cuchillo en el culo y retorcerlo hasta arrancarle las vísceras mientras se deleitaba viéndola desangrarse.

Sonrió. También podría cortarle los genitales a Tutu... ¡No! Jamás le haría daño a él. Aunque lo mereciera.

¡Bah, para qué perder tiempo pensando tonterías, no haría nada de todo eso! Tenía que agarrar ese cuchillo y huir. Nada más. Ella no era una asesina.

Finalmente decidió que, mejor, era olvidarse del arma y salir de allí. Fue deslizándose en cuatro patas mientras los dos infelices seguían la fiesta en *su* cama.

Asco. Al fin, todo se redujo a esa única sensación, le daban asco.

Bajó la escalera con cuidado de no hacer el menor ruido. El sol

estaba hermoso y todo estaba en penumbras. Dio la vuelta al desayunador y fue directo al cajón de los cubiertos, pensó en sacar de allí el cuchillo de carnicero que usaban para los asados, el más grande que tenían, y correr hasta el dormitorio y rebanarlos en pedacitos. O tomar una cuchara, destapar el recipiente que había traído Verónica y comerse el postre mientras esperaba que bajasen y enfrentarlos. Cerca de la puerta, claro. Para huir ni bien la cosa se pusiera densa. Huir a los gritos, para que todos en el barrio supieran qué clase de mujer era Verónica Robles.

Se sentó en una de las butacas y miró distraídamente a su alrededor, los gemidos llegaban como un hedor nauseabundo.

Algo llamó su atención. Al frente estaba la puerta plateada del horno, justo arriba suyo una dicroica proyectaba un haz de luz sobre la butaca en la que se encontraba. Cerró fuerte los ojos y volvió a abrirlos. Se inclinó un poco sobre la mesa para ver mejor la tapa del horno, un frío punzante recorrió su columna. Recordó el espejo del dormitorio, cuando Verónica sacó el pie de la cama. No podía ser. Estiró la mano para atrapar el cenicero cromado, pero estaba muy al final de la mesa y se le resbaló, cayendo estrepitosamente al suelo. Instintivamente miró hacia la puerta de la habitación.

Vio a Tutu asomarse por la barandilla. Estuvo a punto de tirarse al piso. Pero no lo hizo. La columna de la escalera la ocultaba a la posición de su marido. Un miedo mórbido se apoderó de ella.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el muchacho.

—S..s..soy... yo... —respondió, incapaz de elevar demasiado la voz, apenas le salió un susurro. Estaba aterrada.

Verónica Robles apareció detrás de Tupac, completamente desnuda.

—¡Basta, Tutu! ¡No hay nadie! —Le acarició el cabello.

—Vete —suplicó él con los ojos llenos de lágrimas.

Verónica curvó una sonrisa enojosa.

—¿Qué?

—Por favor —suplicó en un hilo de voz, agachando la cabeza—. Luego hablamos, te lo prometo.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Me estás echando de mi propia casa?

«¡Su propia casa, dice! ¡Qué cara rota!».

Tutu asintió, recostado en el barandal.

Verónica dio media vuelta y entró en el cuarto para regresar con su ropa en la mano. Se vistió a toda prisa delante de él, mientras lo miraba con una mezcla de impotencia y de rabia.

—¡Me estás diciendo que te enamoraste de ella!

—¡No! No seas ridícula... Es que...

—Cuando me necesites, no sé si voy a estar —interrumpió

Verónica, enojada. Y bajó estrepitosamente la escalera.

Ernestina se sentía ahogada, el perfume de la vecina la sofocaba. Dejó caer los brazos entre las piernas, se sintió sola y vencida, vacía, triste. Tupac lloraba. Lo miró con infinita tristeza. Se levantó de la butaca, caminó hasta el sillón blanco y volvió a acurrucarse. Tiró hacia atrás la cabeza para mirar la barandilla, Tupac bajaba descalzo y cabizbajo, lastimoso, con el jean desabrochado y el pelo revuelto. Fue hasta la heladera, sacó una lata de cerveza y la bebió casi de un trago mientras miraba el ventanal, en un silencio ausente. Luego abrió una segunda lata. Y después una tercera. Metió el postre que había traído Verónica en el refrigerador y entonces vio el cenicero tirado en el piso. Se agachó para levantarlo con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Eres tú? —preguntó con voz temblorosa.

Ernestina saltó del sillón.

—¡Tutu...! —quiso gritar, pero murmulló—. Sí... soy yo...

Tupac se sentó en el piso y, abrazado a sus piernas encogidas, lloró como un niño abandonado. Ernestina se sentó junto a él y lo rodeó con su cuerpo. Así, abrazados, lloraron durante largos minutos; tal vez fueron horas.

A la izquierda estaba el horno. Ernestina levantó sus pupilas y vio el reflejo en la puerta plateada. Tutu lloraba abrazado a sus piernas. Solo. No había nadie con él. Tampoco había nadie debajo de la cama, cuando el pie de Verónica había asomado bajo las mantas y ella lo había visto a través del espejo; ni había nadie sentado en la butaca frente al cenicero cromado. Ella, simplemente, no estaba. Un terror súbito la dominó.

2

El atardecer se vislumbraba por la parte de atrás de la casa. Entre tanto llanto, cerveza y sexo, Tutu se había quedado dormido en el sillón blanco. Las persianas continuaban bajas, Ernestina necesitaba salir, no podía perderse su paisaje favorito. Intentó jalar la cinta que abría la persiana, nada. La puerta estaba cerrada. Asió el pomo, pero no giró. Se dio cuenta entonces de que, en realidad, no recordaba haber abierto puerta alguna desde... ¿Desde cuándo? Solo había seguido a Verónica, que las dejaba abiertas a su paso. Sintió miedo otra vez. Tenía que ver el atardecer.

Subió las escaleras. La puerta ventana del dormitorio estaba abierta. No podría sentarse en la escalinata que bajaba a la playa, pero podría ver desde el balcón. Al pasar junto a la mesita de noche, notó que el cuchillo estaba allí. ¿Para qué lo había subido? ¡No podía matarla si ya estaba muerta! ¿Estaba muerta? Los dedos se le crisparon como garras y el cuello se tensó. «¡Estoy muerta! ¡Muerta!».

Salió al balcón y se apoyó en el barandal. El aire marino le golpeó livianamente el rostro. Sintió su pelo moverse al compás de las olas. ¿Era, aquello, real? ¿Cómo podía sentir el aire en su rostro, o su cabello revolverse, si ya no era materia?

Llevó una temblorosa mano a la cara. Nada, solo aire, un temblor la sacudió en una arcada, quería vomitar. ¿Vomitar qué? ¡Con razón no comía desde hace tiempo! ¿Cuánto hacía que estaba muerta? ¿Cuándo murió? ¿Cómo?

Los violetas comenzaban a mezclarse con los naranjas y los rosas. El sol descendía hacia el vientre del mar, que lo devoraba, ávido de luz. Un hilo eléctrico le corrió por la espina. Giró la cabeza hacia la mesa de noche. El cuchillo continuaba allí. Y abajo, en el piso inferior, la campera marrón con manchas de sangre que Tutu y Verónica habían metido en una bolsa negra. ¿Sería su sangre? ¿Cómo murió? ¿La habría escuchado Verónica esa tarde en que se metió a su cuarto para cortar su ropa? ¿Lo había hecho realmente? ¿Por qué todo estaba ordenado cuando regresó al cuarto? ¿Sería un recuerdo? ¿Cómo fue que volvió la vecina a su casa como si nada, después de haber salido huyendo, despavorida, como si la hubiese asustado un demonio? ¿Tutu no se había dado cuenta de nada? ¿Sabía él que ella había muerto? ¿Por eso lloraba? Cerró los ojos y dejó que el aire le acariciara el rostro; lo sentía, no sabía cómo, pero sentía la caricia del viento como si de verdad aún tuviera un rostro, un cuerpo. Olisqueó el aroma salino del mar, tan intenso, tan fresco, tan suyo.

Cuando abrió los ojos, ya era de noche. ¡Qué tristeza haberse

perdido el atardecer! Entró en la habitación y se tiró en la cama. La misma en la que Tutu había estado con la arpía hasta hacía un ratito. ¿O habían transcurrido días? Suerte que, al menos, habían dejado la cama tendida con sábanas frescas y limpias. Se acurrucó contra la almohada y se abrazó a uno de los almohadoncitos rosados que ella misma había hecho. ¿Había sido ella?

¿En qué momento habían tendido la cama? No había vuelto entrar a la habitación desde que se fuera Verónica. ¿O sí?

El timbre sonó dos veces. Se sentó, alerta, asustada. ¿Sería la vecina otra vez? Se asomó por la barandilla. Tutu dormía en el sillón blanco. Otro timbrazo. El muchacho se desperezó, abrió los ojos y volvió a arrellanarse contra el respaldo. Otra llamada, esta vez larga, muy larga.

Al fin, Tutu, se levantó y se encaminó a abrir la puerta. Eran Marisa y Alejandro, esta vez, sin pizza y sin cerveza, pero vestidos como para una boda.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó medio riendo la muchacha.

—¡Vamos, viejo! ¿Todavía no estás listo? —apuró Alejandro— ¡Llegaremos tarde! ¿Estuviste tomando? —indagó con el ceño fruncido, luego de olfatear el rostro adormilado del joven, que lo apartó, molesto.

—¡Un par de cervezas! ¡Suéltame!

Alejandro lo había agarrado de la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—Escucha, tú no has tenido culpade nada, ¿está claro? Bueno, te esperamos. Date una ducha y cámbiate. ¡Vamos!

Tupac se rascó la cabeza y subió resignado la escalera. Ernestina vio con pesar como se alejaba sin siquiera mirarla. Sus amigos lo esperarían abajo. Marisa se acercó al brazo del sillón.

—¿Por qué guardará todavía esta campera? ¡Y la chalina! —exclamó, mirando las prendas con desdén.

—Déjalo —contestó Alejandro, mientras encendía el televisor y se sentaba frente a él.

«¿Adónde irán, a una fiesta?», se preguntó Ernestina, teniendo en cuenta la vestimenta que traían. No quería quedarse sola en la casa. No ahora, que conocía su condición.

«¿Qué hay con mi campera y mi chalina? ¿No las habían metido en una bolsa?».

Bajó los escalones de uno en uno, muy lentamente. Se colocó bajo una de las dicroicas y miró el piso. No había sombra. Se plantó delante del televisor. Alejandro no se inmutó, tenía los ojos de un bonito color verde que nunca antes había notado. Marisa se había sentado en uno de los brazos del sillón. Era una linda chica.

De pronto sintió ganas de llorar a gritos. ¿Por qué no se había

hecho amiga de Marisa y Alejandro? En el fondo no eran malos. En realidad, la mala había sido ella: tan celosa de Tutu, lo había alejado de todos sus amigos. Los más fieles e insistentes habían sido ellos dos. Siempre metidos en el medio; bueno, tal vez no tanto.

Un cansancio repentino la hizo buscar sentarse. Se acercó al brazo del sillón en donde estaban la campera y la chalina. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al levantar la vista, notó que Marisa tenía los ojos clavados en ella y abiertos de par en par. ¿La veía?

—¿Sabes de qué me acabo de acordar? —dijo la mujer a su marido, poniéndose de pie de un salto. Él negó con la cabeza sin mirarla, tan enfrascado estaba en la pantalla— ¡No descolgué la ropa de la terraza y está anunciado lluvia!

Ahora sí, Alejandro la miró, incrédulo.

—No pretenderás que volvamos por la ropa...

—¡No, no! —repuso ella, caminando nerviosamente por detrás de los sillones—. Solo digo que no la saqué, que me acordé ahora.

Ernestina cruzó las piernas y la observó. ¿Desde cuándo Marisa se preocupaba por la ropa que podía haber quedado en la terraza? Más aún ¿desde cuándo se ocupaba de la ropa? ¡Si tenía mucama y todo! ¿La habría visto? ¿Sentiría su presencia? Algo la había perturbado, eso seguro. Decidió probarlo. Se puso de pie y caminó con seguridad hacia la mujer, pero justo en ese momento, Tutu descendió por la escalera con el pelo húmedo, oliendo a lavanda y a menta. Llevaba un traje oscuro y camisa blanca. ¡Qué hermoso era! Lo miró embelesada.

El timbre sonó de nuevo y el matrimonio se miró con cierto regocijo, fingiendo sorpresa. Fue Tutu quien abrió. Verónica se veía espléndida, enfundada en un vestido sirena de color turquesa y el cabello peinado hacia un costado.

Marisa y Alejandro corrieron a abrazarla. Ernestina estaba perpleja. «¿Cuánto hace que morí?».

Una vez que las dos parejas dejaron la casa, se acurrucó en el primer peldaño de la escalera. Estaba asustada y, aunque sabía que no podía permitir que el miedo la paralizara, no lograba moverse, se aferró con más fuerza a sus piernas encogidas contra el pecho. Porque ella sentía que aún tenía un cuerpo. ¿De verdad no lo tenía?

Temblando, tomó coraje y se puso de pie tomándose del pasamanos, de los barrotes, de cualquier cosa que pudiera sostenerla. Quitó el cabello que, sabía, se le había caído sobre la cara y caminó con lentitud hacia la cocina.

La resplandeciente puerta del horno la esperaba. Tutu había dejado, como de costumbre, algunas lámparas encendidas; no le gustaba la oscuridad absoluta. Se colocó debajo de una dicroica y fue girando, cautelosa, hasta quedar de frente a la puerta plateada. Dos lágrimas rodaron sobre sus mejillas, pudo sentir su tibieza, aunque al

llevarse la mano a la cara no pudiera tocarlas. El horno reflejaba parte de la mesa, dos banquetas y, al fondo, la escalera. Nada más. Bajo la dicroica que la iluminaba no había nada. Sin fuerzas, cayó de rodillas sobre el brillante porcelanato que tampoco la reflejaba. Quiso gritar, pero su voz no salió. Se tendió sobre el piso y lloró largo tiempo mientras acariciaba las enormes y rectangulares baldosas.

Cuando abrió los ojos, el sol comenzaba a asomar entre las tablillas de las persianas. ¡Amanecía! ¿Habría llegado Tutu? Corrió escaleras arriba. No. La cama estaba tendida y nadie había dormido allí. Recordó el cuchillo. Ya no estaba sobre la mesa de noche. Se acercó a la cama y miró sobre la alfombrilla, del lado en que dormía su marido. Tampoco estaba allí. Buscó debajo de la cama, tampoco.

No pudo resistir la tentación de ir hacia el espejo. La visión fue tan impactante que sintió ganas de vomitar y se metió, tambaleante, en el baño, se aferró al lavatorio, soltó una arcada tras otra, pero no expulsó nada. Salió con lentitud y miró con reticencia y miedo el espejo que le negaba su propia imagen. Desvió los ojos hacia la cómoda, perfectamente ordenada, llena de frascos de perfume, coquetas cajitas decoradas, un clip sosteniendo papeles de colores y dos portarretratos. «¿Portarretratos? ¡Claro!». Corrió y se sentó en la banqueta. Una fotografía mostraba el rostro sonriente de Tutu montado en una bicicleta negra. No recordaba haber visto antes ni a la foto ni la bicicleta. La otra imagen lo mostraba abrazado a Vero... ¿a Verónica Robles? Frunció el entrecejo y arrugó la nariz. No tenía idea dónde habían sido tomadas. Instintivamente quiso tomar el cuadro con las manos, pero se le resbaló y cayó al piso, el vidrio se hizo pedazos. No podía coger nada con las manos.

Se puso de rodillas y continuó estudiando la foto. El auto le resultaba conocido. ¿Era de ellos? Tutu tenía una camioneta, ella no tenía auto... ¿o sí?, ¿era ese su auto? Miró las manos de su marido: el anillo de bodas estaba en el dedo correspondiente. ¿Ni siquiera se lo quitaba cuando estaba con la otra? Una sensación de asco hizo que quisiera cerrar los ojos, pero se detuvo. Cada vez que los cerraba, algo cambiaba a su alrededor, el tiempo, las circunstancias... los acontecimientos se entremezclaban y no lograba ordenarlos, era como saltar de un día al otro, o tal vez de un año a otro. Se tendió en el piso a mirar el techo.

Recordó el cuchillo, el cenicero. Había intentado agarrarlos, pero habían resbalado y caído. ¿Los había movido? ¿Cómo? Giró sobre sí misma y se apoyó en los codos, sopló la fotografía, pero ésta no se movió. Se incorporó rápidamente y fue hasta el ventanal. Allí dio una vuelta rápida y, entonces, se asombró al ver las cortinas agitarse como si una brisa las hubiera alcanzado. Necesitaba seguir experimentando, medir hasta qué punto podía hacer notar su presencia.

El ruido de un motor la distrajo. No era la camioneta de Tutu. Tal vez el auto de Alejandro. La puerta de entrada se estaba abriendo. Se levantó de un salto y salió a la barandilla. Eran ellos, habían regresado. Tutu y Verónica, abrazados y riendo, algo ebrios, entraron, ella cerró la puerta con el pie mientras sostenía a Tutu, que evidentemente, estaba en peores condiciones.

Verónica se había quitado los zapatos y su vestido estaba sucio en los orillos, su cabello se veía bastante más alborotado que cuando habían salido. Habían ido a una fiesta. ¿Qué fiesta? «¿Cuánto hace que morí?». La pregunta le punzaba la cabeza, no podía explicarse cómo Tutu se iba de fiesta con la vecina cuando debería estar guardando luto por su muerte. ¿Cómo es que sus amigos tampoco parecían tristes? Aunque no la quisieran mucho cuando estaba con vida, Tutu sí la había querido. ¡Era su esposa! ¿La había querido?

Mientras la pareja subía los escalones hacia el dormitorio, ella, recostada en la barandilla los observaba con tristeza sin poder convencerse de que todo aquello realmente estuviera sucediendo.

«Yo vi a Tutu llorando. ¿Por qué lloraba? ¡No por mi muerte! Vi a Verónica Robles haciendo pedazos mi ropa con un cuchillo. ¿La vi? Salió a los gritos cuando le grité... ¿Me escuchó?, ¿o fue otra cosa lo que la asustó? ¿Y Marisa? ¿Me vio? Verónica se cortó el pelo, pero ahora lo tiene largo, como siempre...».

Miró con recelo a los tortolitos riendo, tendidos en su propia cama, bajó cautelosamente hasta la sala. Su campera marrón y su chalina aún estaban allí. Pero ella había visto que las habían metido en una bolsa negra y las habían dejado en... Miró hacia el sitio. No había nada.

Se sentó en el sillón y estiró los brazos, cruzó las piernas por los tobillos y clavó los ojos en la pantalla negra del televisor. El reflejo devolvía un sillón vacío. Desde arriba, sólo llegaba silencio. Se habrían dormido. No quiso cerrar los ojos, quería gritar. Olvidarse de su condición y gritar de frustración y de rabia. Y de celos. De impotencia. Lo hizo. Con todas sus fuerzas.

—¿Quién está ahí? —La voz temblorosa de Tutu la sobresaltó. Se había asomado casi desnudo, y aferrado a la barandilla con el pelo revuelto. Verónica llegó detrás con un delicado camisolín de seda.

—¡No hay nada, amor! ¡Vamos a dormir!

«¡Eso es mío!», gritó con toda la furia. ¡Era su camisolín!

—No sé qué pasa —balbuceó Tutu mirando la sala con ojos desorbitados.

—Tranquilo, ven, vamos a la cama. ¡Me parece que tomaste demasiado! —La vecina reía casi con ternura, mientras se llevaba al joven nuevamente a la habitación.

Ernestina se encogió otra vez sobre el sillón, lastimada, dolida y

triste. Pero también furiosa y confundida. No quería llorar más. Necesitaba saber cuándo, cómo y por qué había muerto. Y cuándo se había vuelto tan descuidada como para permitir que la vecina se metiera en su cama con su marido.

Cuando desde el dormitorio ya no se escuchó más que silencio, subió con cuidado los peldaños. Aunque no pudieran verla o escucharla, había algo que, en determinados momentos, alertaba su presencia, y no era lo que deseaba en ese momento.

Suerte que habían dejado la puerta abierta, no estaba muy segura de poder atravesar objetos. Suponía que podría si lo intentaba, pero le costaría, puesto que aún guardaba demasiada consciencia de su cuerpo material. Lo que podría significar, tal vez, que no llevaba demasiado tiempo muerta. De momento, necesitaba que no la escuchasen ni la viesen. Y que los hechos se sucediesen en orden, por lo que tampoco podía permitirse cerrar los ojos.

Se asomó a la puerta de la habitación. Estaban dormidos. Habían bajado las persianas, los débiles hilos de luz que penetraban por los intersticios, eran suficientes como para que no necesitara encender la lámpara. Con algo de temor miró la mesa de noche de su marido y notó, con alivio, que no había cuchillo alguno. ¿Dónde estaría? Intentó recordar. ¿El cuchillo era de su casa? ¿O sería de la casa de Verónica?

Caminó hasta la cómoda. Los trozos del marco, con la fotografía, estaban sobre ella. ¿Quién los había recogido? ¿No les llamó la atención que se hubiera caído? Miró el espejo. Había otra fotografía colocada entre el cristal y el marco. se acercó. Otra vez la parejita feliz sonriendo despreocupadamente. Detrás de ellos, verde. Podía ser cualquier lugar.

Intentó abrir los cajones, las puertas del guardarropa. No lo lograba. Todo se resbalaba de entre sus dedos. Miró la puerta espejada del baño, estaba cerrada. De todos modos, intentó abrirla, procuró de mil modos girar el picaporte. Quiso golpear la maldita madera con espejo, patearla, derribarla; necesitaba poder hacer todo lo que hacía antes.

Antes de morir.

Se estremeció, como siempre que recordaba que ya no tenía vida, que no tenía un cuerpo, que no tenía sangre, ni lágrimas. Miró el espejo. Ni reflejo.

Con dolor y resignación echó un vistazo a la pareja dormida y se alejó.

Bajó con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos, acariciando el barandal con la mano. ¿Qué podría hacer?

Una ligera muesca en la madera la detuvo en mitad del descenso.

Era simplemente un raspón. ¿Por qué le asombró verlo? ¿Lo había hecho ella? ¿Tutu? ¿Cómo se había producido esa pequeña grieta? Tan ensimismada estaba observando, que no se dio cuenta de que alguien se acercó, la tomó por la cintura desde atrás y la lanzó con fuerza hacia la sala.

Cayó de costado sobre su hombro derecho. A los manotazos, se quitó el cabello de la cara y miró hacia arriba. No había nadie. El dormitorio estaba en silencio, la puerta seguía abierta.

Con los ojos fijos en el barandal se levantó, aferrándose a una de las vasijas de cerámica que decoraban el paso hacia la sala y en la que Tutu había colocado unas varas de caña y un arco tribal con sus respectivas flechas que alguien le había regalado. Tanto se apoyó para ponerse en pie, que el artefacto se tambaleó. Intentó con todas sus fuerzas sostenerlo, ya que el ruido, de caer, habría resultado terrorífico para los que dormían arriba. Y aunque no le disgustaba la idea de darles un buen susto, sobre todo a Verónica, debía enfocarse en lo que le había sucedido segundos antes, cuando la habían arrojado por las escaleras. ¿Quién?

No supo cómo lo logró, hasta ella misma se asombró de haber detenido la caída del cacharro. «¿Lo detuve? Pero antes... ¿Lo moví? Al agarrarme de él, lo moví...». Un hilo de satisfacción le dibujó una sonrisa. ¡Lo había movido! Ya lo investigaría más tarde. Volvió a acercarse a la barandilla y, peldaño a peldaño, regresó al lugar donde estaba la muesca en la madera para estudiarla con atención: la hendidura había sido hecha con algo punzante. ¿Un cuchillo?

Buscó algo a su alrededor, no sabía qué. Y de pronto, otra vez: una fuerza volvió a tomarla desde atrás y la lanzó con más ímpetu aún. Lo que ella sentía como cuerpo cayó sobre el piso frío. Gruñendo de rabia y de miedo, se puso de pie mucho más veloz que antes y miró hacia todas partes.

—¿Quién está acá? —preguntó aterrada. Tenía que ser alguien como ella, alguien que no tuviera vida. De otro modo, era imposible que la viera y mucho menos, que pudiera agarrarla. No tenía idea cómo defenderse de alguien así, ni siquiera sabía si *eso* podría dañarla. ¿Realmente debía tener miedo? No conocía nada de la zona en la que se encontraba. Y eso la aterraba.

En una especie de destello que duró no más de un segundo, vio a Tutu descendiendo descalzo, con jean negro y ojos furiosos.

Enel dormitorio todo seguía en silencio. Tutu y Verónica dormían adentro.

Apretó sus sienes con los dedos y se acercó a los sillones, dejándose caer junto a su campera y su chalina.

En la casa sólo estaban ellos tres. Tutu y Verónica arriba, y ella, sola ahí abajo, nadie más. No había ninguna fuerza extraña, ningún

muerto que intentara molestarla. La única muerta era ella. Ahogó un gemido y luego cubrió su rostro con ambas, sollozando con amargura. ¡Había sido un recuerdo! Tutu la había lanzado escaleras abajo hace... no sabía cuánto tiempo, habían discutido... y él... ¿Había muerto allí? ¿La había matado él? Todo en ella se estremeció. Apretó los párpados, como si de esa forma le resultase más fácil recordar. No podía ser que Tutu la hubiera matado. No podía ser que estuviese feliz con Verónica, yendo de fiestas, ¡que no la recordara!

El timbre la sobresaltó. Arriba todo seguía en silencio. Se puso de pie y espió entre las tablillas de la persiana. ¡La policía! Una patrulla había estacionado justo frente al portoncito de entrada y el uniformado, un hombre bastante alto, de vientre ligeramente abultado, se paseaba por el camino de lajas con lentitud. Su rostro le resultó familiar, aunque no fue capaz de identificarlo.

El timbre sonó de nuevo, esta vez, fue mucho más largo. Tutu apareció en la barandilla con cara de sueño y el pelo revuelto.

«No. Él no es un asesino».

Ernestina retorció sus manos y se mordisqueó los labios. O al menos creía estar haciendo todo eso.

El muchacho bajó con desgano, rascándose la cabeza y bostezando. Abrió la puerta sin mirar antes por la mirilla. El policía se tocó la visera de la gorra para saludarlo.

—¿Cómo está, señor Andrade?

—Dormido... —contestó el chico sonriendo.

—¿Estuvo de fiesta anoche?

—Sí —Ernestina no podía determinar si Tutu estaba nervioso, molesto, asustado o simplemente, dormido como había dicho—. Un casamiento.

—Sí, ya me enteré. ¡Ya era hora que sentara cabeza ese muchacho!

Tutu cruzó los brazos.

—Ahá... ¿Necesita algo, comisario?

—¡Ah! ¡Sí! —Simuló sorpresa—. ¡Qué tonto soy! —Extrajo algo de su bolsillo—. ¿Esto es suyo?

—Sí... —Los ojos del muchacho se petrificaron en la cadenita que el comisario mantenía levantada frente a él—. ¿De dónde la sacó? ¡Hace mucho que no la veía!

Estiró la mano para tomarla y el policía sonrió al entregársela.

—Estaba entre las cosas de la señorita León, pensé que podría ser suyo porque la familia no lo reconoció.

—Gracias. ¿Cómo están? Los León... —Tutu jugueteaba con la cadenita. Ernestina no lograba ver bien el pequeño dije que pendía de ella.

—Tristes. ¡Imagínese! ¡Bueno, lo dejo que siga descansando, señor Andrade! ¡Dele mis saludos a su esposa!

Tutu cerró la puerta, apoyó la espalda y suspiró.

«¿A su esposa?».

Ernestina no salía de su asombro, caminaba de lado a lado, mordiéndose las uñas. ¿Saludos a su esposa? Se llevó las manos a la cabeza. «¡No sabe que estoy muerta! ¡Seguramente nadie lo sabe!».

Todo le daba vueltas, tuvo que agarrarse del sillón para no caer.

Encontraron la cadenita en las cosas de la señorita León. «¡Maia!», recordó de pronto.

¿Qué había pasado con Maia?

Era consciente de que no respiraba, pero la sensación de ahogo la sofocaba, le faltaba el aire. ¿Ni siquiera su familia se había enterado de su muerte?

3

Una vez que el policía se marchó, Tutu cerró la puerta y corrió escaleras arriba. Ernestina caminó nerviosamente por la sala, debatiéndose entre ir al dormitorio y escuchar lo que seguramente le estaría contando Tutu a Verónica, o intentar salir de la casa e ir volando —o como pudiera— a enterarse qué cornos había sucedido con Maia. «¡Maia! ¡Dios mío! Dios... ¿Dios?». Hasta el momento, no lo había visto.

No tenía tiempo, ahora, para replantearse sus creencias religiosas. Decidió por lo más rápido: ir al dormitorio.

—¿Quién era? —Verónica ni siquiera abrió los ojos cuando Tutu se metió en la cama.

—Un vendedor.

—¿En domingo?

—Necesitaría dinero. —Pasó un brazo por debajo de su cuello y le dio un beso en el hombro.

Ernestina cruzó los brazos con enfado. «¿No le dijo nada? ¿Por qué?».

Verónica siguió durmiendo, Tutu no podía, se tumbó boca arriba, secó su frente con la mano y miró largamente el techo. ¿Le había hecho algo a Maia?

Las hojas de la puerta ventana estaban abiertas, la persiana, livianamente baja, de tal modo que sus tabloncillos permanecían bastante separados. ¿Pasaría a través de ellos? Se acercó y deslizó sus manos entre las maderas intentando, sin éxito, pasar una a través. Se rascó la cabeza. «¡No tengo cuerpo, tengo que poder pasar!». Decidió concentrarse cerrando los ojos y contando hasta tres antes de volver a abrirlos, cosa de evitar que transcurriese mucho tiempo y se le cambiara el panorama.

Cuando abrió los párpados estaba en el parquecito. Había resultado. Miró hacia arriba, hacia el balcón del dormitorio. La persiana seguía igual. Iba bien. Caminó agachándose para que las ramas de las plantas no la ¿lastimaran? El portoncito estaba trabado, no se atrevió a cerrar nuevamente los ojos, así que se sentó sobre la coqueta empalizada de piedras y pasó las piernas hacia el otro lado. Un escozor le corrió por todo el cuerpo —o por el recuerdo de éste—, un intenso escalofrío que la atemorizó. De todos modos, estaba decidida. Necesitaba conocer los detalles de su propia muerte y averiguar qué le había ocurrido a su hermana. Una extraña sensación de vacío le estrujó el pecho al recordar a Maia ¡Cuántas travesuras habían llevado a cabo juntas! ¿Qué le habría pasado? ¿Qué cadenita

era esa, que no la recordaba? En realidad, no recordaba casi nada de su vida. ¡Vida! Suspiró con nostalgia.

Un auto pasó a toda velocidad y la elevó en el aire haciéndola girar como un trompo, dio un grito de susto e intentó estabilizarse. Cuando al fin lo logró, se apoyó contra un árbol a recuperar el aliento, era imposible que su corazón estuviese latiendo, pero podía jurar que escuchaba el tamborileo pesado y veloz dentro de su pecho. Estaba asustada, aún le faltaban cinco cuadras para llegar a la que alguna vez había sido su casa de soltera. Allí estarían sus padres. ¿Dónde creerían que estaba ella? Se armó de valor y continuó caminando sobre la gramilla, tenía que llegar.

Le faltaba poco para alcanzar la vereda de la casa contigua, allí estarían sus vecinos, Ignacio y Esther, con sus eternas peleas. ¿Ellos tampoco sabían que ella...? Las fuerzas se le terminaron, no pudo dar un paso más, había quedado adherida al suelo, sus pies se arrastraban, como si llevara grilletes. Cayó. Todo a su alrededor comenzó a girar enloquecidamente y otra vez sintió deseos de vomitar. Pero no había nada dentro de ella. La puerta de la casa se abrió y vio a Esther accionando el control del portón del garaje. Ernestina estiró la mano, intentó gritar, pero no tenía voz, ni un solo sonido le salió de la boca. «Esto es totalmente estúpido, pensó, siento que me estoy muriendo...». Un miedo incongruente le atenazó la garganta, Esther había entrado al garaje y estaba sacando su autito color caramelo.

—¡Esther! —llamó con un hilo de voz y la mano estirada. Pero el auto pasó junto a ella ignorándola por completo.

Imposibilitada de sostenerse por sí misma decidió regresar, giró hacia su casa, hacia donde estaba Tutu —*su* Tutu— y empezó a arrastrarse. Aunque no tuviese piel, sentía cada piedrita, cada ramita seca clavándosele, doliendo hasta las lágrimas. «¿Por qué me sucede esto? ¿Dónde estoy?».

Una vez que logró introducirse en el jardín, sus fuerzas regresaron y consiguió de nuevo mantenerse en pie. Caminó hasta la escalinata que conducía a la playa y se sentó en los peldaños. A lo lejos, algunos bañistas se divertían saltando las olas. Los observó con tristeza. «¿Cómo voy a hacer para averiguar algo? No tengo a quien pedir ayuda...». Se sintió sola, nadie podía verla, ni escucharla... ¿o sí? Recordó a Marisa, saltando como un resorte cuando se le puso adelante. ¿La habría visto? Tendría que esperar a que regresara para averiguarlo. No iba a arriesgarse a salir de nuevo de la casa.

Un ruido proveniente de arriba la hizo voltear. Tutu y Verónica bajaban la escalerilla en trajes de baño y ¡puaj! tomados de la mano, riendo como dos colegiales. Pasaron por su lado sin siquiera mirarla.

Sin pensarlo dos veces, subió al dormitorio, ahora que no había peligro que tirara algo y alguien se asustara, tenía que averiguar lo

que fuera. Se plantó delante de la cómoda e inspiró profundamente, tomó los pequeños vástagos del primer cajón y tiró. Nada. No podía ser que no pudiera abrir un cajón. Inspiró una vez más y repitió la operación. No.

Sus ojos se centraron en la fotografía frente a ella, allí donde se podía ver a su marido con Verónica, felices y acaramelados en algún lugar del que ella no tenía recuerdo. ¿Cuándo se había tomado esa foto? Se rascó la cabeza e intentó recordar. Necesitaba saber cuánto llevaba fallecida. En la imagen no se veían las manos de ninguno de los dos, solo sus rostros. Pero era obvio que era reciente, por lo tanto, Tutu ya estaría casado con ella. ¿Desde cuándo la engañaba?

La cama le provocó desprecio. Esa enorme, insolente, arrogante, nauseabunda cama, en la que había sido tan estúpida y mentirosamente feliz, tan crédula. ¡Idiota! Un fuego lacerante creció en su interior, se puso de pie y gritó con rabia, le hubiera encantado tener la miserable facultad de poder agarrar objetos con sus propias manos y arrojarlos contra la pared, romper toda la habitación en pedazos, romper los espejos, tirar cada uno de esos frasquitos de perfume que habían sido suyos, todas esas cajitas que vaya a saber qué contenían porque, ¡maldita sea!, no podía recordarlo. Hubiera querido despedazar cada uno de esos insípidos cuadros que reflejaban a su marido con *la otra*, la que se lo quitó todo, la que... ¿la mató? ¡Hija de puta!

Una ráfaga de viento se coló de quién sabe dónde y abrió de un golpe las puertas del ropero, estrellándola ruidosamente contra la pared. Ernestina se sobresaltó y gruñó por lo bajo, tal vez no había sido el viento. Miró la cómoda esperanzada, pero los cajones no se habían movido.

Se acercó al ropero y lo curioseó: ropa, ropa y más ropa. Voló con un soplido el rebelde mechón de pelo que usualmente caía en su frente y se metió adentro. Toda su ropa estaba allí, sus vestidos, sus faldas, su short azul, su saquito de hilo, pantalones, zapatos...

Las voces que llegaron de la planta baja le indicaron que Tutu y Verónica habían regresado. De un manotazo tiró todas las perchas y se asombró de haberlo logrado, intentó después patear hacia afuera las prendas caídas, pero no lo logró. Una sonrisa se le dibujó en los labios y su ceja derecha se elevó. Con mucho cuidado apoyó las manos en la parte superior de las puertas y las atrajo hacia sí, cerrándolas. Acababa de aprender cómo mover algunos objetos a voluntad. Debía sentir ira.

Ahora sólo le restaba esperar.

Hizo un gran esfuerzo para no cerrar los ojos dentro de la oscuridad del placar, pero no lo logró. Tutu y Verónica estaban

demorando demasiado en subir y la estaba venciendo el cansancio. Era posible que a la pareja se le ocurriera cenar antes de subir. ¿Ya era de noche? Temía que, si dejaba caer los párpados, al abrirlos, la línea de tiempo ya no fuera la misma. Tenía que haber una forma de no saltarse momentos. ¿Cómo? ¡Qué horrible sensación la de esa soledad tan absoluta! ¡No tener a nadie a quién preguntar! ¡Nadie que responda! Otra vez la angustia y la congoja la atraparon, se sentó en medio de los zapatos y se aferró a sus rodillas, hundió la cara y sollozó queda, silenciosamente.

Tutu subió primero, sobresaltándola. El muchacho abrió la puerta del baño, luego la ducha y comenzó a desnudarse. Lo espió por entre las tablitas de la puerta y su corazón —o su recuerdo— latió con fuerza incontenible. ¡Era tan perfecto! Joven, de cuerpo torneado y fuerte. Se estremeció. El muchacho se metió en la bañera y dejó que el agua corriera haciendo brillar su piel cetrina.

Tuvo la tentación de salir de su escondite para mirarlo más de cerca, ¡cuánto daría por tocarlo una vez más! ¡Cuánto lo extrañaba! Pero se contuvo, no saldría, esperaría a Verónica. Mientras tanto bajó la cabeza y cerró los ojos, la extasiaba tanto verlo que le costaba soportarlo; no podía correr hasta él para meterse entre sus brazos y besarlo hasta el cansancio.

Un ruido la alertó. A través de las rendijas vio a Tutu con una toalla enrollada en la cintura sacudiéndose el cabello.

—Traje cerveza. —La voz de Verónica la hizo voltear hacia la puerta; la vecina vestía solo una remera, lo suficientemente larga como para cubrir lo mínimo indispensable. Traía una lata en cada mano y sonreía, sensual, provocadora, lujuriosa.

«¡Puta!».

Tutu la miró con cierta indiferencia y se sentó en la cama, tomando una de las latas.

—¿Cómo puedes mantenerte tan tranquila? —preguntó tras beber el primer sorbo. Verónica se sentó a su lado y agachó la cabeza.

—No estoy tranquila... me duele, me duele mucho... lo sabes, pero....

¿Estaba llorando? ¡Pero qué cara rota! Tutu la rodeó con sus brazos y ella hundió la cara en su pecho. Ernestina la odió aún más.

—En serio —dijo la vecina reponiéndose y bebiendo un trago de la lata— vendamos esta cama y compremos otra, tienes razón... es... —Una mueca de dolor se dibujó en sus labios—. Insano.

—Todavía no. —El muchacho se levantó de un salto y caminó ¡hacia el placar! La toalla que lo envolvía cayó al piso. Ernestina tuvo un panorama inmejorable de sus genitales. Abrió enormes los ojos y esperó, asustada, a que abriera las puertas.

«No puede verme, no puede verme», se repitió. Pero Tutu no abrió

su puerta, sino la de al lado.

—¿Por qué? —preguntó Verónica, que se había cambiado a la banqueta del tocador.

Tutu dudó unos instantes.

—Porque vamos a parecer más sospechosos.

Verónica terminó de beber su lata y lo miró interrogante. El muchacho continuó vistiéndose sin mirarla.

—No hicimos nada —replicó ella, levantando el hombro—. ¿Quién vino ayer?

«¿Ayer?».

—El comisario de policía. —Tutu ataba con furia los cordones de sus zapatillas.

Verónica se llevó las manos a la cara, sosteniendo sus mejillas como si pudieran caérsele.

¡Maia! El comisario había hablado de la cadenita que encontraron en el cuerpo de la señorita León... ¡Tenía que estar hablando de Maia!... ¿O existía alguna otra señorita León? ¿Sería su propio cuerpo? No. El policía no habría dicho *saludos a su esposa*, ni habría hablado de la *señorita* León sino de la *señora* Andrade... ¡Tenía que ser Maia!

—¿Qué dijo? —La vecina había levantado sus pies sobre la banca y abrazado sus rodillas. Parecía asustada. ¡Otra vez tenía el pelo corto!

Ernestina ya no sentía miedo. Sólo la necesidad imperiosa de saber qué había sucedido con ella; necesitaba averiguarlo y no encontraba la forma. Ni siquiera escuchando las conversaciones lograba descifrar algo. Su memoria estaba tan fragmentada que no lograba hilvanar los acontecimientos. Y eso la enojaba. La frustraba. El encierro la estaba ahogando. Empujó con fuerza las hojas del vestidor, que se golpearon, una contra la pared y la otra contra la puerta adjunta. Tutu y Verónica dieron un salto y se quedaron mirando hacia ella que, a su vez, los miraba desafiante, de pie, en medio de su ropa, destellando furia por los ojos.

—Debe haber sido una corriente de aire, está refrescando —dijo Tutu con la respiración entrecortada mientras cerraba la puerta ventana. ¡Era de día! ¡Y el ventanal había estado abierto de par en par!

La furia de Ernestina aumentó, se preguntó cómo podría hacer para aterrorizar a Verónica. De lograrlo, también atemorizaría a Tutu y no quería eso. Aprovechó para salir antes de que su marido terminara de cerrar los cristales. Apenas sintió el aire fresco del mar se sintió cansada, volvió a sentarse en la escalinata. Tenía que llegar hasta la casa de sus padres. ¿Por qué no había podido antes? ¿Por qué perdía fuerzas a medida que se alejaba? Tuvo un presentimiento repentino que la llenó de miedo, pero necesitaba saber. Se puso de pie y caminó nuevamente hacia el frente, rodeó la casa, apartó los ligustros y se

embelesó con las azaleas fucsia que poblaban su jardincito, tan primorosamente cuidado por ella. ¿Quién lo cuidaría de ahora en más? A Tutu nunca se le había dado bien la jardinería.

Traspuso el muro de piedras de la misma forma que lo había hecho antes y volvió a sentir ahogo, cansancio, perdía fuerzas... No esperó hasta caer rendida, como la vez anterior. Regresó cabizbaja, con toda la tristeza carcomiendo su ser o lo que quedaba de él. Había comprobado que no podía alejarse de aquella casa. Tal vez había muerto allí. Y, tal vez, la habrían matado Verónica y Tutu. En su propia cama.

Recordaba cada parte de su cuerpo como si aún le fuese propio. Sentada en la escalerita trasera, de cara a la playa, palpó con cuidado sus brazos, muslos, abdomen, tocó su rostro, sus pantorrillas... Nada. No había heridas, ningún balazo, ninguna cortada, sin embargo, en la campera marrón había sangre..., pequeñas manchas..., las había visto. ¿Salpicaduras?

Instintivamente se tomó el cuello, un pequeño aguijonazo en el pecho le acongojó, sintió deseos de llorar, ahogo, algo cortando su respiración, un brillo metálico destellando frente a sus ojos, unas manos que la mantenían inmóvil. Miedo. Un miedo mórbido, parecido al terror.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras se anegaban en un mar de lágrimas que, en realidad, no caían, no rodaban... no existían.

Tosió con fuerza, protegió su cuello con las manos. Alguien la había asesinado. ¿Quién?

Volvió a palpar todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Solo el cuello guardaba aquella desagradable sensación de profanación. El ruido de la puerta ventana al abrirse, le hizo voltear la cabeza. Verónica había salido casi desnuda, como siempre, con un cigarrillo en la mano. ¿Y Tutu? Ernestina subió despacio por la escalinata con la vista fija en su enemiga, que continuaba luciendo la melena corta. «¿Por qué la vi antes con el pelo largo?». Pasó por su lado, tan cerca que podría tocarla, hasta pudo oler en ella el perfume de su marido.

—¡Zorra! —gritó justo en el momento en que *la otra* exhalaba el humo de su cigarrillo, que se agitó virulento, antinatural. La vecina echó la cabeza hacia atrás y se quedó contemplando las volutas, que bailoteaban enloquecidas frente a sus ojos. Ernestina sopló el humo y este formó un espiral que ascendió, perdiéndose en el aire. Sin dar demasiada importancia al asunto, Verónica se frotó los brazos y dio otra calada.

«¡Estúpida! ¡Seguro creyó que fue otra corriente de aire!», pensó Ernestina contrariada, entrando a la habitación. Verónica entró detrás suyo y cerró los cristales, apoyó el resto de su cigarrillo encendido

sobre el cenicero metálico, en la mesita de Tutu, y luego se dirigió hacia el baño

¿Tutu fumaba? ¿Desde cuándo?

Ajustó el dedo medio contra el reverso de su pulgar y apuntó con un ojo cerrado, sacando apenas la lengua para concentrarse mejor. Soltó el dedo y el cigarrillo voló hasta caer sobre la almohada.

—¡Lo hice! —Aplaudió divertida. En el cojín comenzó a formarse un pequeño hoyo que iría agrandándose poco a poco, emitiendo un delgado hilo de humo negro. Sopló con suavidad la pequeña mota rojiza y esta brilló aún más.

La vecina salió del baño justo a tiempo para arruinarlo todo, olfateó el aire, miró el cenicero y enseguida vio la almohada que comenzaba a quemarse.

—¡Mierda!

Con un manotazo llevó el cojín al baño y lo metió bajo el chorro de la canilla. Se sentó en borde de la bañera con los codos apoyados en las rodillas y suspiró aliviada. Ernestina se concentró en odiarla aún más, con todas sus fuerzas. Iba a gritar todo cuanto pudiera, cuando el timbre las sobresaltó.

«¡Mierda!».

Verónica bajó y atendió la puerta. Era Marisa. Se saludaron como grandes amigas y se sentaron a los lados del desayunador. Bien, ella también compartiría la charla.

—El comisario Luna fue a visitarnos —comentó Marisa mientras Verónica encendía la cafetera.

«¡El comisario Luna! ¡Sabía que lo conocía!».

—Acá también vino —repuso la vecina con nerviosismo—. ¿Qué quería? —Sacó dos tazas de la alacena.

—Habló con Alejandro. —Hizo una pausa y la miró de reojo—. Le mostró una cadenita que encontraron junto al cuerpo, le preguntó si era suya.

«¡Maia! ¡Dios mío!».

Verónica parpadeó, mordiéndose los labios.

—¿Y no lo era? —Llenó las tazas y le alargó una.

—No.

—¿Viste la cadenita?

—No..., pero Ale me dijo que era de oro, con un dije..., un hipocampo.

«¡La cadenita que el comisario Luna le dio a Tutu! ¿Un hipocampo?».

—¿Un hipocampo? —masculló Verónica, exaltada.

—Sí.

—¿*Mi* hipocampo? —Sus ojos parecían querer salirse de las órbitas.

—Supongo.

«¿Suyo? ¿Y cómo es que lo tenía Maia?».

—¿Y cómo es que lo tenía...? ¡Hija de puta!

«¿Lo tenía Maia?».

—Creí que lo había perdido —dijo Marisa con tono de niña asustada.

—¡Eso me dijo! —gritó Verónica agarrándose la cabeza.

«¿Quién?».

Verónica dejó la taza casi vacía sobre la mesa y comenzó a caminar de un lado al otro con los brazos en jarra. Era evidente que estaba alterada. Ernestina se sentía tan confundida que, sin darse cuenta, quiso agarrar la taza que había dejado Verónica, se le resbaló y se hizo trizas contra el piso. Las dos amigas, sobresaltadas, se quedaron viendo con estupor la loza rota.

—Yo la dejé... —balbució Verónica.

—Sí, allá... —murmuró Marisa, señalando el otro extremo de la mesa.

Ernestina recordó lo sucedido anteriormente, cuando había tenido la sensación de que la mujer de Alejandro la había visto, decidió probarlo. Se paró justo frente a sus ojos, pero la muchacha no pareció percibirla, sólo miraba hacia el piso con el miedo pintado en la cara.

—¡Me la debe haber robado esa harpía! —musitó Verónica, sin quitar los ojos de los trozos de loza.

—¿Harpía? ¿Estás llamando harpía a Maia? ¡Eso no lo voy a permitir! ¡De qué cuerpo hablan! ¡Quién te robó qué cosa! —gritó Ernestina con toda la furia que llevaba contenida.

Marisa dio un respingo y se puso pálida, miró estupefacta hacia uno y otro lado.

—¿Qué fue eso? —preguntó con voz trémula. Verónica frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—¿No escuchaste nada?

—¡No! ¿Qué escuchaste?

La muchacha sujetó de la mesa y, temblando, se levantó de la banca.

—Es ella... está acá...

«Me escucha, ¡lo sabía!».

Verónica largó una carcajada histérica. —¡Ahora resulta que eres médium!

«¡Imbécil!».

Decidió repetir la operación y esta vez le salió mejor. Las dos mujeres miraron aterradas la mesa cuando la otra taza se desplazó y rodó hasta estrellarse contra el piso. Entonces Marisa, con el rostro transfigurado, corrió hacia la puerta de atrás.

«¡No puedo dejarla salir!».

Con toda su impotencia la empujó y Marisa cayó violentamente. Verónica consiguió escapar por la puerta del frente, gritando como una loca, intentaba, desesperada, abrir el portoncito que, evidentemente, se había trabado. Miró hacia atrás, por encima de su hombro. Volvió a gritar y salió corriendo. Cruzó la carretera sin mirar a los lados, suerte que ningún automóvil pasó en ese momento.

—¡Santo cielo! ¡No esperaba que se asustara de esa forma! —exclamó Ernestina con satisfacción.

Regresó para situarse otra vez junto a Marisa, que lloraba a moco tendido y se alisaba el pelo de manera compulsiva. Con gran sorpresa notó que, del susto, la muchacha se había orinado encima, lo que le provocó una sonrisa.

—¿Me escuchas? —preguntó colocándose, frente a ella.

Marisa no respondió, aunque el terror con el que miraba hacia todas partes le indicó que al menos, había percibido algo, se aferró con fuerza a la mesa para no volver a caerse en su desesperado intento por salir de la casa.

—¡Marisa! —gritó a viva voz—. ¿Me escuchas?

Marisa gritó de nuevo, esta vez con mayor desespero para quedarse luego sin fuerzas. Abatida y cubierta de lágrimas, dejó que su espalda se deslizara por los azulejos de la pared hasta llegar al piso. Abrazó sus rodillas y suplicó ayuda entre sollozos ahogados.

Ernestina caminó pensativa entre la cocina y la sala, intentando encontrar una forma de comunicarse sin asustarla más. Recordó el extraño momento —aterrador para ella—, en el que Tutu lloró, sentado en el mismo sitio en que se hallaba Marisa y en cómo había calmado al joven rodeándolo con sus brazos. Decidió intentar lo mismo. Se sentó al lado de la muchacha y la abrazó, recostando la cabeza sobre su hombro. Lentamente, Marisa comenzó a calmarse, apartó su cabello de la cara y se puso de pie. Se sostuvo en la mesa y miró alrededor.

—¿Eres tú? —preguntó al aire, con voz temblorosa.

—¡Sí! ¡Soy yo! —Ernestina aplaudió dando pequeños saltitos, pero Marisa no pareció verla ni escucharla. Dio un par de palmadas casi en su cara. Nada.

—¡Uf! —resopló. Entonces vio la cafetera con su cristal ligeramente empañado y fue hacia ella. ¿Qué podía perder con intentarlo? Quitó la tapa, inspiró fuerte y sopló, como había hecho antes, con el humo del cigarrillo de Verónica. Una pequeña nube circular de bordes difusos, se abrió paso en medio de la humedad del vidrio, Marisa ni lo miró, su vista se había fijado en otro sitio: la puerta de calle, que se había abierto de par en par.

—¡Ella fue! —gritó, señalándola, una furiosa Verónica—. ¡Ella me

quiso matar!

«¿Qué?».

Dos policías se adelantaron con las manos sobre las armas. Marisa los miró con horror, no le salían las palabras, de su garganta solo salía un absurdo gorgoteo.

—Señorita, por favor, tranquila —dijo uno de los uniformados, Marisa lo miró con ojos aterrados, luego a Verónica, a los otros policías, a todo su derredor sin comprender qué sucedía. Ernestina tampoco lo entendía.

Una mujer policía se le acercó con lentitud.

—Hola —dijo con calma, levantando sus manos desnudas—, mi nombre es Camila. No voy a hacerte daño.

—Yo... yo tampoco —balbució Marisa sumergida en un mar de dudas y pánico—, yo tampo...co voy... a hacer...te daño.

—Perfecto, me voy a acercar. Tu nombre es Marisa, ¿verdad? —Hizo una seña y los hombres retrocedieron dos pasos.

Marisa asintió temblorosa, retorciendo incesantemente su pelo.

—Bueno, Marisa, vamos a calmarnos... Siéntate acá, por favor. —La policía le acercó una de las bancas mientras la estudiaba cuidadosamente: no estaba armada, ni tenía armas cerca, hizo otra seña a sus compañeros y éstos bajaron los brazos.

Cerca de la puerta, un tercer uniformado acompañaba a Verónica, a quien se le había alcanzado una manta, ya que su única prenda era una remera de Tutu que apenas le cubría el trasero.

Ernestina miró hacia afuera, el comisario Luna bajó de su auto a los trompicones, del apuro que traía.

—¡¿Qué pasó acá?! —gritó.

—La señorita, allá adentro. —Un oficial le señaló la cocina—. Parece que quiso matar a esta señora.

«¡Mentira!».

—¡Comisario! —bramó la Robles— ¡Esa mujer está totalmente loca!

—¡Yo no estoy loca! —gritó Marisa dando un golpe a la mesa que sobresaltó a la mujer policía que, de inmediato, la sujetó—. ¡No hice nada!

«¡Pero sabes algo!».

Luna se acercó a la oficial.

—Recién llegamos, está muy alterada —explicó esta sin soltar los brazos de la muchacha.

—Bueno, ¡no perdamos más tiempo! —gritó el comisario—. Cuéntenme ya, ¡qué pasó!

—Estábamos charlando lo más tranquilas —comenzó Verónica— y de pronto empezó a divagar, se tiró al piso, me persiguió con un cuchillo...

«¿Qué?».

—¿Qué? —chilló Marisa— ¡Es mentira! ¡Yo no la perseguí! ¡Fue ella!

—¡Menti... —intentó responder la dueña de casa, pero Luna levantó la mano, pidiendo silencio.

—Fue *Verónica* quien la persiguió a usted —afirmó, medio preguntando, el policía. Marisa negó con la cabeza, sin dejar de mirar a su alrededor con ojos desorbitados.

Ernestina se sentó en el segundo peldaño de la escalera a observar y escuchar, sin poder creer que Verónica mintiera tan descaradamente. Podía entender que acusara a Marisa de loca, después de todo, la pobre había actuado como tal, o que dijera que se tiró al piso, lo cual resultaba cierto, pero ¿que la persiguió con un cuchillo? ¿Por qué diría eso? ¿Estaría intentando hacer pasar a Marisa por loca? ¿Por qué?

Arqueó una ceja. La esposa de Alejandro no ayudaba mucho con su actitud. Parecía una posesa, con los ojos perdidos en la nada, y atenta, como si esperara escuchar algo en el aire.

—Entonces... ¿quién es *ella*? —preguntó Luna, armándose de paciencia.

Ernestina se puso de pie. Marisa había llevado una mano a su boca y miraba a Verónica, que echaba humo por los ojos, su mirada furibunda parecía intimidarla, la oficial Camila lo notó.

—¡Arréstenla! ¡O llévensela a un loquero! ¡No la quiero más en mi casa! —gritó Robles.

¿*Su* casa? ¿Es que nadie podía aclararle que ésa no era *su* casa?

—Tranquila —dijo la mujer policía, intentando calmar a Marisa.

—Quiero que venga mi marido... —sollozó esta, suplicante.

—Vamos a llamar a su marido, señora. Ahora va a tener que acompañarnos —dijo el resignado comisario, mirándola con cierta pena.

—Ella estaba acá... —susurró Marisa mientras la oficial la ayudaba a ponerse de pie.

—¿Quién?

—¡Saquen a esa loca de acá! —volvió a gritar Verónica— ¡Tiene que estar en un hospital mental!

—¡Cállese o me la llevo a usted también! —espetó Luna— ¿Dónde está su marido? Los dos maridos..., de ambas.

Ernestina frunció el entrecejo. «¡Tutu no es el marido de Verónica!».

—Trabajando...

—Trabajan en el Casandra —afirmó uno de los oficiales.

«¿Casandra? ¿De qué me suena ese nombre?».

—Vayan ustedes dos a buscarlos. Que Andrade venga a acompañar

a su mujer y que Santos vaya a la Comisaría. Nos llevamos a Marisa para allá. Camila, por favor, acompañe a la señora.

—Sí, señor.

—No... me van a dejar sola ¿verdad? —preguntó la Robles, ante la mirada atónita del comisario.

«Me tiene miedo».

—Oficial, quédese acá hasta que llegue Andrade.

—Sí, señor.

Luna saludó a Verónica con un movimiento de cabeza y salió.

Ernestina fue hasta la ventana, en esas patrullas iba su única pobre esperanza de averiguar algo sobre su muerte. Volvió la vista a su peor enemiga. Allí estaba, ofreciendo café al policía que habían dejado en custodia. Por supuesto ya se había quitado la manta y lucía, de manera obscena, sus torneadas piernas. El pobre hombre no sabía para dónde mirar y optó por agachar la cabeza, un tanto avergonzado.

Ernestina resopló de frustración. No podía hacer nada hasta que el policía se fuera. Entonces vio un detalle en el que no había reparado antes: el dedo anular de Verónica lucía una hermosa alianza de oro, igualita a la de Tutu.

«Igualita a la mía».

Instintivamente miró su mano. Claro, no vio nada. No sólo no tenía sortija, tampoco tenía mano. Era tan simple como el agua, y a la vez, tan difícil de aceptar. No tenía cuerpo. Sólo el recuerdo de su estado material, el dolor, la angustia, el desequilibrio, todo era producto de sus recuerdos. «¿Cómo puedo recordar si mi cerebro, supuestamente ya no funciona? —se preguntó—. Ya no tengo cerebro... ¿de dónde salen entonces mis desordenados recuerdos?».

La única respuesta que pudo darse fue *energía*. «¡Soy energía! Por eso mantengo algo de mis... ¡Santo Dios! ¡La energía se agota...!».

El sonido de la puerta al abrirse la distrajo. Era Tutu, que acababa de entrar con los ojos desorbitados. Saludó apenas al policía, que suspiró aliviado de verlo.

—¿Qué pasó?

Verónica sorbía lentamente su café.

—¡Nada mi amor, no te asustes! La vecina, que está más loca que nunca... —Dejó la taza para rodearlo con sus brazos y besarlo; intentó que fuera un beso intenso, pero él la apartó con sutileza y miró al policía, que se había puesto de pie y rodaba la gorra entre sus dedos.

—La señora Santos ya está en la comisaría —informó el joven—, mis órdenes fueron quedarme acá hasta que usted llegara, así que..., muchas gracias por el café, señora.

Verónica sonrió. Tutu le tendió la mano.

—Gracias.

Lo acompañó hasta la puerta y cerró, volviendo después hacia

Verónica.

—¿Qué pasó? —repitió. Se acomodó en una de las bancas del desayunador. Verónica miró hacia todos lados y se aseguró de que la ventana estuviese bien cerrada, se acercó a él y le habló en voz muy baja.

—No tengo idea, pero algo muy raro sucedió acá. Tengo miedo...

—¿Qué fue?

—Marisa y yo estábamos hablando lo más bien... de pronto, ella se quedó lívida, como si hubiera visto un fantasma..., escuchó algo... y después dijo: *ella está acá*...

—Siempre dice esas cosas desde que... —la interrumpió él, chasqueando la lengua.

—¡Ya lo sé! ¡Pero esta vez de verdad hubo algo! ¡La taza que estaba sobre la mesa se tumbó sola, rodó despacito y cayó al piso! —Verónica tembló de pies a cabeza al recordarlo. Ernestina se había colocado a su lado y disfrutaba de la charla con una sonrisa.

—Se habrá caído...

—¡No, Tutu! Te digo que estaba así. —Apoyó su taza, que ya estaba vacía, en el medio de la mesa—. ¿Ves? ¡Es imposible que se tumbe sola y ruede... hasta caer...! ¡Por más viento que haya, que no lo había! Y después —siguió, con lágrimas en los ojos— ¡Marisa quiso salir y te juro que algo la empujó, la hizo caer con fuerza... Sentí pánico, corrí hasta la puerta y fui enfrente, ¡llamé a la policía... no sabía qué más hacer!

Tutu se levantó y caminó nerviosamente, peinó su cabello hacia atrás con las manos y resopló.

—¿Cómo vas a llamar a la policía? —le reprochó— ¡Marisa es nuestra amiga!

—¡Es que no sabía qué hacer! —gimió ella—¡Tuve miedo! ¡Tengo miedo! ¡Tutu, te juro que hay algo acá! —Él la miró, sorprendido—. Y Marisa parecía... Tal vez la policía puede ayudarla, todo el mundo piensa que está loca..., con las cosas que dice...

«¿Qué cosas dice?».

Verónica miraba con los ojos muy abiertos al joven, que se paseaba de un lado al otro.

—¿Vino el comisario Luna? —preguntó Tutu.

—Sí. Él es el primero que piensa que Marisa está loca...

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

—¿Ella? Nada grave... lo de siempre... *ella está acá*, *ella me empujó*. El pobre tipo la miraba con lástima, no le cree nada. A mí me cree. Quédate tranquilo, mi amor....

—¿Estás segura de que te cree?

—¡Sí! Luna le siguió la corriente, le preguntó si Verónica la había empujado.

Ernestina quedó estupefacta.

Tutu tenía los ojos clavados en la muchacha, sacó un atado de cigarrillos un poco arrugado del bolsillo de su pantalón y una cajita de fósforos, le ofreció uno y encendió ambos.

—¿Qué respondió ella? —preguntó el muchacho con preocupación.

—Creo que se dio cuenta de que no le estaban creyendo, negó que fuera Verónica y pidió que busquen a Alejandro... Se la llevaron, Tutu, la van a internar, no te preocupes. Es lo mejor.

—Pero, ¿tú viste algo acá o no? —Tutu se mostraba sumamente nervioso.

—¡Sí! ¡Ya te conté! ¡Había algo...! —La muchacha se frotó el brazo con inquietud, dando al cigarrillo una bocanada tras otra. A propósito —dijo de pronto—, ¿sabes qué me vino a contar Marisa? Que Luna encontró mi hipocampo entre las cosas de..., ya sabes de quién.

«¿Está hablando de Maia?».

Tutu agachó la cabeza, sin contestar.

«¿Qué le pasó a mi hermana?». Ernestina se agarró la cabeza y el aire comenzó a faltarle otra vez, quiso salir, pero Verónica había cerrado la ventana... ¿era Verónica la mujer que estaba con Tutu? El comisario había sido muy claro: *la cadenita que encontramos junto al cuerpo de la señorita León*, la única señorita León es Maia... Ella era Ernestina Andrade, señora de Andrade... y *la otra* era Verónica Robles... «Es cierto que el policía le preguntó a Marisa si había sido Verónica quien la empujó... ¿por qué lo cuenta como si fuera una tercera persona? ¿Hay otra Verónica?

—Mudémonos —pidió entre lágrimas la muchacha—. No quiero estar en esta casa...

—¿De verdad crees que hay fantasmas? —preguntó él con una risa entre sarcástica y nerviosa.

—¡Yo vi lo que pasó, Tutu! —repuso ella con toda su voz.

Ernestina quiso gritar también, pero se contuvo. No quería asustarlo a él. Necesitaba comunicarse. ¿Cómo explicar que no quería hacer daño? ¿Que sólo buscaba respuestas? ¿Cómo cargar su energía para poder alejarse de esa casa? ¿De qué se alimentan los fantasmas, o los espíritus? ¿De los miedos de la gente? ¿De la oscuridad?... ¡Oscuridad! Tal vez era eso... ella había intentado salir de día... Estaba muerta, tal vez si intentara de noche... ¡Era todo tan ridículo! Se recostó en el sillón y lloró nuevamente. Allí seguían su campera y su chalina. ¿Eran de ella? Con el pie les dio un empujón y las prendas cayeron.

—¡Te lo dije! ¡Te dije que hay algo! —gritó histérica Verónica, saltando junto al sillón.

Tutu la rodeó con sus brazos y miró fijamente las prendas. Fue hasta la cocina, trajo una bolsa de plástico negro y se la extendió.

—¡Mételas ahí! —le ordenó.

—¡No quiero tocarlas! —sollozó ella.

El muchacho las levantó del piso con impaciencia y las metió en la bolsa, mirando hacia todas partes, temblando.

«Lo asusté nomás», pensó Ernestina angustiada. Entonces gritó. Gritó de impotencia, de dolor, de desconcierto. Gritó con un grito desgarrador, que le lastimó la garganta. Las luces de la casa se encendieron en su totalidad y las ventanas se abrieron de par en par, dejando entrar una corriente de aire intensa y ardiente.

Verónica dio un alarido y Tutu cayó de rodillas.

—¡Basta! —gimió— ¡Basta por favor! ¿Qué quieres?

Ernestina inspiró profundamente y lo miró con ojos asombrados, caminó a su alrededor, con pasos lentos.

—Saber la verdad —murmuró—. ¿Ustedes me mataron?

Ladeó la cabeza y miró a la muchacha que lloraba desconsolada, abrazada a sus piernas, junto a la bolsa negra. Sonrió satisfecha. Verónica tenía otra vez el cabello largo. ¿Usaría pelucas? Ya no llevaba la remera de Tutu, sino un solero de algodón color lila... *su* solero....

—Nosotros no te matamos —sollozó Tutu— Te lo juro, Verónica... nosotros no lo hicimos...

«¿Verónica?»

4

Cayó, leve como una pluma, sobre el porcelanato de la cocina. ¿Verónica? ¿Tutu la había llamado Verónica? ¿Cómo podía llamarla así si Verónica estaba ahí, al lado suyo? ¿O no era Verónica? Y si no era ella... ¿quién era?

«¿Verónica está muerta?».

Miró a su alrededor. Tutu y la vecina estaban abrazados, de rodillas, llorando desconsolados.

Se sintió quebrada, herida y sola, sin saber cómo dar forma a sus recuerdos y acomodarlos de manera que pudieran narrarle su propia historia, sin saber cómo comunicarse con el mundo que le era tan próximo y para el cual ella resultaba tan lejana. Ni siquiera podía verse en un espejo para, al menos, confirmar su identidad.

«Soy Ernestina», se dijo entre sollozos, abrazándose a sí misma, atrapándose como para que no se le escapara también esa única persona que le quedaba, la que estaba segura ser: Ernestina León.

«¿Quién es la mujer que está con Tutu? Yo no soy Verónica, estoy segura», sollozó.

Tupac fue soltando despacio el cuerpo de la otra mujer a la vez que secaba sus lágrimas. Luego se puso de pie, mirando a todas partes, como si buscara a alguien. La buscaba a ella.

—¿Estás ahí? —preguntó con voz temblorosa.

Le hubiera gustado tener la fuerza necesaria como para levantar algún objeto y lanzárselo en la cabeza. Pero apenas podía moverse.

—Sí.

—Vero... —siguió llamándola, Tupac.

—No soy Verónica... —Sus fuerzas se debilitaban cada vez más. Todo su pelo estaba pegoteado entre las lágrimas, su pelo rubio y finito que tanto cuidaba... que llevaba siem...

Abrió los ojos enormes e intentó levantarse. Otra vez el ahogo, otra vez el no saber siquiera quién... Y Tutu, que seguía intentando encontrar algo que le indicara que el fantasma de quien sabe quién, ¿Verónica?, siguiera allí.

La mujer sin nombre había quedado acurrucada en un rincón, mirando asustada a su alrededor, la misma mujer rubia que a veces usaba el cabello largo y otras se lo dejaba corto, como en aquel momento, en que el pelo la rodeaba como si fuese un aura.

«No es Ernestina, Ernestina soy yo».

Apoyó las palmas sobre el piso frío, quiso ver sus manos, un reflejo, algo. No había nada. Necesitaba no rendirse ante su falta de fuerzas, ponerse en pie, aturdirse para recordar, enojarse para hacerse oír. Con

un gruñido sordo, acongojado, curvó su espalda y, con gran esfuerzo, comenzó a erguirse. Los ventanales le indicaron que ya había oscurecido; una parte del día se le había escapado otra vez. Gritó. Pero fue un grito suave, gutural, discordante, que solo le sirvió para convencerse de que no estaba dormida.

Tutu se había sentado en el sillón y tenía la cara hundida entre las manos. La sin nombre caminaba hacia él, no felina como otras veces, no con intención de seducir, caminaba desangelada, insegura. Caminaba con el temor latente de que algo, que no alcanzaba a ver, se le acercara. Algo amenazante.

Ernestina inspiró profundo con cierta satisfacción. Lanzó un grito algo más subido y las dos personas en la sala se miraron. No se sobresaltaron. No había sido lo suficientemente potente todavía.

¿Qué era lo que hacía, a veces, que la percibieran? Antes, había simplemente pateado las prendas y éstas habían caído, no había puesto gran empeño, las pateó porque le molestaba verlas, le fastidiaba, le molestaba.

«Me molesta no saber qué pasa, me molesta que ustedes dos estén juntos, me molesta que me llamen Verónica».

—¡ME MOLESTA!

Entonces sí, se sobresaltaron los dos. Tutu se puso en pie con un salto. La mujer lo abrazó y las hojas de las ventanas se agitaron.

—¿Qué buscas? —preguntó Tupac, con la mirada perdida.

—¡Saber quién me envió al otro lado! —Ernestina apretó los puños —. ¡Sé que fue acá! ¡Y que fue uno de ustedes! —Crispó sus manos como garras y señaló a su marido—. ¿FUISTE TÚ?

Las ventanas se golpearon con fuerza y el aire se arremolinó dentro de la casa, espeso y caliente, como una lengua de fuego.

La mujer lloraba tomándose la cabeza con las manos. Él temblaba.

—Tranquilízate, por favor —rogó Tutu. Le hablaba al viento, porque no podía verla.

«Si me tranquilizo, no te das cuenta de que estoy acá, bobo».

—Nosotros no te hicimos nada... te lo juro —siguió Tutu—, tienes que creernos...

—¡No soy Verónica!

No la escucharon, su cabeza se dispersaba, comenzaba a divertirse y tenía que hacer un gran esfuerzo para concentrarse. Enfocó sus ojos en la chica, que temblaba como una hoja y lloriqueaba, con el cabello desgreñado. Fue acercándosele con una sonrisa en los labios. La sin nombre parecía verla, había fijado en ella su mirada. Cada vez temblaba más.

—¿Estás viendo algo? —preguntó Tutu con voz trémula.

La mujer negó con la cabeza, pero mantuvo los ojos fijos en alguna parte.

Ernestina estudió sus pupilas, las había visto antes. Las reconocía. ¿Quién era? Se detuvo frente a ella sin dejar de penetrar con su mirada los ojos celestes de la muchacha que tiritaba. «¿Celestes? ¡Verónica tiene ojos castaños! ¿Quién eres?».

—Te ordeno que te vayas de mi casa —murmuró la sin nombre, como en trance.

Ernestina largó una carcajada que vibró por todos los rincones, erizando la piel de Tupac.

—¡Su casa! —se burló ella, riendo desaforada.

—¡Que salgas de mi casa! —gritó la otra nuevamente.

Tutu la tomó entonces de un brazo y sin lograr reacción alguna de su parte, la sacó de la cabaña casi a la rastra. Ernestina vio por la ventana las luces de la camioneta, que se encendían. Arañó los vidrios, gritó de dolor, pero no pudo evitar que se fueran, que huyeran despavoridos como ratas. Lejos de su alcance.

La soledad le resultó más intensa que nunca. Se arrolló en el sillón y se hizo bolita, como cuando era niña y su hermana la buscaba. Y confundían a cualquiera.

De nuevo lloró hasta quedarse dormida.

Estaba oscuro cuando despertó. No sintió ese cansancio pesado que la había perseguido desde... No sabía desde cuándo. Era de noche. ¿Podría salir? A su alrededor, algunas luces estaban encendidas, tal como habían quedado en el momento en el que Tutu y la, ahora, mujer desconocida, se habían marchado. ¿Habrían regresado?

Subió la escalera con pasos decididos. La cama estaba tendida, no se escuchaban ruidos. Todo le resultaba lejano. Bajó de dos en dos los escalones y caminó con temor hacia la puerta que había quedado entreabierta con los apuros. «Tal vez es cierto que los muertos sólo podemos andar en la oscuridad. ¿De dónde saqué eso? ¡Los muertos no andan por ninguna parte! ¡Dios, qué locura!».

La noche estaba espesa, en el cielo renegrido no se veía una sola estrella y las ráfagas de viento parecían querer acompañarla. Caminó con tiento, apoyando suave las plantas de los pies contra la gramilla que le supo fresca, o tal vez, solo era el recuerdo de su frescura; de cualquier manera, se sintió bien.

Cinco cuadras. ¡Cinco cuadras hasta la casa de sus padres!

En el jardín, el portoncito se mecía con el viento. Tutu y la sin nombre no lo habían cerrado. Sonrió nerviosa y lo sorteó. Miró hacia atrás, un incierto temor le atenazó las piernas por un instante. ¿Qué sucedería si no lograba llegar a destino y no encontraba cómo regresar? ¡Terminaría siendo un alma errante sin lugar adónde ir! ¡Caminaría sin rumbo, arrastrando cadenas, como en los cuentos de terror! Sacudió la cabeza como para espantar los temores. No podía

echarse atrás. Llegar hasta su antigua casa era la única forma de enterarse, al menos, qué ocurrió con Maia, ver a sus padres. ¡Sus padres!

Un crujido como de rama quebrada la sobresaltó. De inmediato sonrió y se acomodó el cabello con un profundo suspiro. «¿De qué me asusto? ¡Nadie puede verme!».

El crujido se repitió, esta vez se le escapó un grito. Una sombra saltó cerca suyo y un maullido eléctrico le erizó los sentidos. Dos luceros verdes, brillantes y aterrados se clavaron en sus ojos. La miraban directamente, expectantes, listos para el ataque.

¿Un gato? ¿Realmente se había asustado de un gato? El felino gruñó sin desviar la mirada. «¡Me ve!».

Con extremo cuidado se agachó y extendió una mano temblorosa. El animal retrocedió con las fauces abiertas, mostrando sus dientes pequeños y afilados.

—Hola gatito —susurró—. No tengas miedo, no voy a hacerte daño.

Batió ligeramente los dedos, llamándolo. El felino agachó la cabeza, dio un corto gruñido y tanteó el aire con una pata de garras extendidas.

—Ven.

El animal se sentó sobre sus cuartos traseros sin dejar de observarla, comenzaba a calmarse. Ella decidió acercarse despacio, el gato ronroneaba, desconfiando todavía. Finalmente le tocó el lomo con un dedo, el animal se crispó al instante, la muchacha sonrió y con un siseo tibio, continuó acariciándolo. Suspiró cuando el animal comenzó a lamer sus patas, ya retraídas las garras. Se había tranquilizado.

Comenzó a andar nuevamente. El felino la siguió. Cuando se detuvo a mirarlo, él la miró también. Al fin tenía un amigo en aquel plano de su existencia. «¡Un gato! ¡Ahora me consigo una escoba y espero a los chicos malos detrás de las puertas!». Rio a carcajadas de sus propias ocurrencias y siguió caminando con el gato a su lado. Lo miraba cada tanto con una sonrisa, era un animal espléndido, de pelaje negro, brillante y ojos verdes como esmeraldas, que se le antojaron faros en medio de aquella noche tan extraña.

En la sala de la casa de al lado había una luz encendida, estuvo tentada de ir a ver, tal vez pudiera enterarse de algo, pero tuvo miedo de perder las fuerzas.

Siguió caminando por las veredas del barrio, que se le habían vuelto extrañas y un tanto desiertas, el viento azotaba postigos y levantaba hojas ocres del piso, formando remolinos a su alrededor, pero no la tocaba; ni al gato, que caminaba gallardamente a su lado.

Cuatro cuadras, sólo cuatro cuadras.

Sus fuerzas no habían menguado en absoluto. Una llovizna gruesa comenzaba a caer. El viento se levantaba en ráfagas suaves. «Noche especial para que un fantasma saque a pasear al gato».

Alguien se asomó a cerrar una ventana y sintió pena del pobre minino. ¡Tan solo y con semejante noche!

A medida que se acercaba a la casa de sus padres, el aguacero se volvía más y más agresivo. El gato no pareció inmutarse, siguió a su lado como si nada. De cuando en cuando ladeaba la cabeza para evitar que el viento le diera de lleno en los ojos. Ella no sentía esa necesidad, de hecho, se sentía cada vez más fuerte. Como si nada pudiera detenerla.

Al cruzar la última calle, algo la conmovió: la camioneta de Tutu estaba estacionada a escasos metros de la siguiente esquina. ¿Había ido a casa de sus padres? ¿Con la otra? Una oleada de ira la quemó por dentro, el gato rugió hacia la casa con fuerza, abriendo sus fauces, amenazante.

Se acercó, furiosa. Algunas luces estaban encendidas adentro. Puertas y ventanas cerradas. ¿Por dónde entraría? Intentó golpear con los nudillos sin resultado alguno. El gato se sentó frente a la puerta, se rodeó con su propia cola y comenzó a maullar lastimeramente, hasta que alguien abrió.

«¡Papá!»

El hombre miró al gato con desprecio.

—¡Fuera! —gritó. El gato salió corriendo y Ernestina aprovechó para introducirse.

Ahí estaba Sabrina, su madre, sentada a la mesa, rodeando con sus manos una taza de té, con la mirada afligida y los ojos llorosos.

«¡Mamá!»

Y allí estaba también la sin nombre. Y Tutu. «¿Qué hacen ellos acá? ¿Dónde está Maia?».

Sus padres se veían exactamente como los recordaba. Ella con la misma delgadez, el cabello corto, entrecano, y el mechón blanco cayendo hacia la derecha; la misma mirada gris, mansa, serena. Las manos huesudas, de uñas prolijas. Sujetaba la taza de café que ella misma le había regalado hacía ¡años! para un día de las madres. Papá Ezequiel, con su corpachón torpe, su mirada dura de cielo despejado; sus manazas rojizas, ajadas de tanto trabajar ese taller. «¡Qué ganas de abrazarlos!». Sonrió con ternura; dolía tanto...

Tutu estaba recargado en el marco de una ventana con los brazos cruzados. La sin nombre, sentada a la mesa, con otra taza de té frente a ella. Los cuatro bajo un silencio abrumador. Mirándose unos a otros.

Ezequiel miraba a Tutu como siempre lo había hecho, con aprensión y desprecio. Lo había aceptado porque su hija lo había

elegido, como novio primero, como esposo después. Pero no lo quería. No confiaba en él. ¿Tendría razón? «Papá también tiene los ojos llorosos. ¡Maia!».

Suspiró resignada y echó un vistazo al hueco de la escalera que conducía a las habitaciones, caminó hacia allí con cierta indecisión, algo en su interior le decía que no subiera. Pero ¿cómo enterarse entonces de lo que ocurría? ¿Cómo saber dónde estaba Maia?

Por la ventana vio al gato en el patio, sobre el muro, con los ojos fijos en ella.

—¡Acá también vino la policía! —dijo, de pronto, su padre—. Hicieron preguntas, revisaron cosas.

Hubo algo, en las miradas que intercambiaron Tutu y la sin nombre, que no alcanzó a descifrar. ¿Qué se dirían? ¿Por qué estaban ahí? ¿Cómo era posible que a sus padres no les llamara la atención el hecho de ver al marido de su hija muerta con otra mujer?

—Encontraron la cadenita con el hipocampo —informó ella. Sabrina llevó la mano a su pecho.

Ernestina se sentó en el segundo escalón con el ceño fruncido. La desconocida sollozó quedamente y su madre, ¡*su* madre!, la rodeó con el brazo.

—¡No quiero volver a esa casa!

—¡Falta que creas en fantasmas! —rezongó Ezequiel.

—Yo lo vi —aseguró Tutu.

—¿La viste? —preguntó dubitativa, Sabrina.

—A ella no. Pero vi lo que pasó ahí dentro, te aseguro que había algo... No sé, una presencia.

—Marisa la escuchó —susurró la sin nombre. Sabrina la miró con los ojos tan abiertos como pudo—. Sí —siguió la desconocida—, la policía se la llevó presa, creen que está loca...

—¡Y ustedes dejaron que crean eso! —protestó el padre.

—¿Y qué esperabas? —increpó Tutu— ¿que le dijéramos que un fantasma andaba por la casa? Bueno, de hecho, el comisario Luna le preguntó a Marisa si había visto o escuchado a... Verónica.

—¡Verónica! —gritó su madre—. ¡No la nombren!

—¡Mamá! —reprochó la desconocida.

«¿Mamá?».

El gato, afuera, maullaba desesperado y ella sentía en las sienes, que la cabeza estaba a punto de estallarle.

—¡Ese gato me tiene harto! —farfulló su padre, dirigiéndose a la puerta que daba al patio. Apenas la abrió, el animal entró y se sentó a los pies de Ernestina. Ezequiel le dio un empujón con el pie, pero el animal ni se inmutó, tenía los ojos fijos en Tutu y en la desconocida.

—¿De dónde salió este bicho?

—¡Deja al animal en paz que hay cosas más importantes! —gritó

Sabrina, con un golpe en la mesa que sobresaltó a todos.

—¡Quiero que se vaya! —impuso su marido, abriendo la puerta del frente. Pero el animal siguió sin moverse.

—Déjalo —murmuró Ernestina.

Como si la hubiesen oído, los cuatro cruzaron miradas. Ezequiel cerró, resignado, la puerta y un silencio expectante los envolvió.

—Tengo miedo... —musitó la desconocida abrazándose a Sabrina.

Tutu tomó una vela que adornaba el mueble, sacó del bolsillo un encendedor y la encendió.

—Apaga la luz —le ordenó a Ezequiel.

—¡No! —suplicó aterrorizada la falsa Verónica.

—¿Qué quieres hacer? —casi gritó Sabrina, con una sonrisa forzada-—¿Ahora vas a invocar a los espíritus?

—Apaga la luz —repitió gravemente Tupac, poniendo la vela frente a sí.

Ezequiel resopló y apretó la tecla; el comedor quedó a oscuras, solo la llama de la vela crepitaba emanando un ligero aroma a sándalo, o a incienso. Un trueno los sobresaltó.

El gato se irguió sobre sus patas, tensó el lomo y lanzó un gruñido que sonó a amenaza, o a advertencia. Y los cuatro lo miraron.

—Nos está siguiendo —dijo la sin nombre, con voz temblorosa.

Ernestina se acercó a la vela, la sopló con suavidad y la apagó bajo la mirada atónita de Tupac. Caminó después hasta la desconocida, la que le estaba usurpando el cariño de su madre. La miró con ojos cargados de cólera. El gato trepó a la mesa y la estudió con sus ojos oblicuos.

—¿Quién eres? —gritó Ernestina a la joven, que observaba con terror al animal.

Un relámpago sesgó la noche como una cuchillada, la luz del comedor se apagó, se encendió y, finalmente, dejó todo a oscuras. Las dos mujeres gritaron al unísono y los hombres se miraron, espantados.

—¡Te dije que hay algo! —repitió Tutu con voz temblorosa a un Ezequiel que no cabía en sí de asombro.

Ernestina apoyó las manos sobre la mesa. —¡No era mi intención asustarlos! —sollozó apesadumbrada.

Sus ojos se fijaron otra vez en la escalera junto a la pared. Una luz, desde arriba, parecía llamarla. El gato se le adelantó, ella lo siguió, temerosa. Algo en su interior le decía que no subiera. Pero otro algo la llamaba.

Sabrina lloraba, histérica, abrazada a la desconocida. Ezequiel se tomaba la cabeza, incrédulo.

—Hay que llamar a la policía— dijo, sin que nadie lo escuchara.

Sólo Tutu estaba atento y expectante. ¿No tenía miedo? ¿O el miedo era tan grande que ya nada le importaba? ¿O era culpa?

Subió los escalones uno a uno, recordando a cada paso los momentos vividos en aquella casa, las corridas con su hermana, las risas, los juegos, los almohadones tirados a una mientras la otra bajaba corriendo en medias, mamá gritando que podían lastimarse. El viento sacudió los postigos y los árboles, haciendo un ruido atronador.

Dobló el rellano y observó las paredes. Allí debería estar la foto que papá había tomado en aquella Navidad, cuando Maia terminó la secundaria... ¿Por qué la habían quitado? Quería verse en una foto, necesitaba ver su rostro otra vez.

Arriba, la ventana del pasillo se había abierto con el viento y la luz crepitaba indecisa. Las puertas de los cuartos se bamboleaban discretamente, lo justo para pasar. Miró la habitación que había sido suya, ordenada y quieta, fría. Las camas tendidas. No había fotos.

La de Maia estaba igual, ordenada y pulcra, ahí sí, había fotografías. Entró con cuidado, pisando apenas, con el gato pegado a sus talones. Se sentó en la cama y miró a su alrededor. Parecía que todas las fotos de la casa hubieran ido a parar allí, las había en las mesas de luz, en la cómoda, en las paredes. Y en una placa de corcho, prendidas con chinches. Todos estaban allí, los cinco.

Suspiró, ahogándose con cada imagen. Y se largó a llorar cuando vio el cuadro colgado en la pared; el mismo que habían quitado del rellano. El que tenía la fotografía que papá les había tomado en Navidad.

Tres rostros le sonreían. ¡Al fin veía su imagen otra vez! ¡Y repetida! Seguramente un efecto de la luz en el vidrio. Era ella, con los ojos pequeños, de un celeste tan pálido que casi parecían incoloros, sobre todo cuando el sol le daba de lleno en la cara, como en esa fotografía. Había sido tomada durante la tarde de un veinticuatro de diciembre, mientras mamá y la abuela preparaban la cena de Nochebuena. «Maia había terminado la escuela secundaria y estábamos todos tan felices... Papá había armado la piscina de lona en el patio y entre todos, la habíamos llenado de agua... ¡Cómo nos habíamos reído! La manguera no llegaba y la llenamos con baldes... ¿Estará todavía la pileta? Sonrió con las lágrimas surcándole el rostro. Por eso estamos con el pelo mojado, por eso parece que lo tuviéramos oscuro... ¡Si las dos somos rubias! Nos habíamos metido en el agua y papá vino con su cámara».

Ezequiel se asomó por la puerta que había quedado entreabierta, detrás estaba Tutu. El gato había subido tan decidido por las escaleras que lo habían seguido. Ahí estaba el animal, sentado sobre la cama de Maia, ¿viendo una fotografía? Los dos hombres se miraron entre sí. Ezequiel le hizo una seña al muchacho para que fuera hacia la derecha, él iría por la izquierda, no querían asustarlo, la ventana

estaba cerrada aún por la tormenta y se vería acorralado. Un animal acorralado puede ser muy peligroso.

Pero el gato ni se inmutó con sus presencias. Ni siquiera los miró; su vista estaba fija en la fotografía de las chicas. Ernestina también estaba absorta. Eran tan parecidas... El pelo, largo hasta la cintura, sus labios finitos. Hasta las pecas se notaban en aquella imagen, tan ampliada estaba. Abarcó con las manos su mentón y lloró.

El gato comenzó a maullar lastimero, quejumbroso, los hombres fruncieron el entrecejo sin saber qué hacer.

Tutu se sentó con cuidado en la cama y acarició al animal bajo la mirada resignada de Ezequiel, que abrió las hojas de vidrio, no los postigos porque la tormenta no amainaba. Una ráfaga de viento limpió el aire. Ernestina sintió su cabello moverse, pero ella fue incapaz de hacerlo. Allí estaba Maia, en la foto, al lado suyo. Su adorada Maia, con el cabello corto. El gato se había acurrucado entre los brazos de Tutu, al que las lágrimas le rodaban por las mejillas, mientras sus dedos se entremezclaban con el pelaje negro y brillante, del animal.

—Yo creo que ella está en esta habitación —murmuró el muchacho, sin dejar de mirar el cuadro.

—¡No digas pavadas, nene! —rezongó Ezequiel con ojos lagrimosos y voz entrecortada—. Dale, saquemos este bicho de acá.

El gato giró su cabeza y le gruñó, enseñándole los dientes. Tutu sonrió con tristeza—. ¿Ves? No se quiere ir.

Ezequiel se sentó al otro lado de la cama. Sabrina y la sin nombre se asomaron, abrazadas, y se quedaron de pie en el vano de la puerta.

—¿Qué hacen? —preguntó Sabrina.

—El gato... —explicó Ezequiel— vino. Y se quedó mirando la foto de las chicas.

—¡Dios mío! —sollozó la joven tapando su cara con las manos.

Entonces Ernestina la miró. Se levantó despacio y caminó hacia ella. El gato saltó de entre los brazos de Tutu y caminó a su lado arqueando el lomo y gruñendo.

—¿Qué pasa? —preguntó atónito Ezequiel mirando al animal, que parecía dispuesto para un ataque.

El gato se detuvo justo frente a la desconocida. Ernestina la miró con detenimiento. Ahora tenía el pelo largo. «Verónica... Pero no es ella...». Miró la fotografía, algo no estaba bien, giró hacia la muchacha, que sollozaba en los brazos de su madre. Era la chica de la foto. Pero no era Maia. Volvió sobre sus pasos y se acercó al cuadro, siempre seguida por el gato, al que todos miraban desconcertados cómo iba y venía entre la fotografía y la sin nombre. Ella se soltó de los brazos de Sabrina y, cuando el animal llegó a sus pies por segunda vez, se agachó y lo miró a los ojos. El felino se sentó sobre sus cuartos traseros y la observó con la cabeza ladeada. Levantó una de sus patas

con las garras contraídas e intentó tocarla con suavidad. La chica extendió la mano y lo acarició.

Ernestina observó la escena sin comprender absolutamente nada. Esa chica no era Maia, ni Verónica. ¿Era ella? Volvió los ojos a la foto. Se parecían. Pero también se parecía a Maia. ¿Era ella? Imposible. Por más extraordinaria que se hubiera sentido toda su vida, no podía estar viva y muerta al mismo tiempo. ¿O sí?

Se acuclilló junto al animal y tocó su pelaje, un estremecimiento le recorrió la espina.

—Basta —dijo Sabrina entre sollozos. —Salgamos ya de esta habitación. ¡No soporto estar acá!

—No, mamá... —murmuró la desconocida, caminando lento hasta el cuadro.

«¿Quién es esta mujer? ¿Por qué le dice mamá a mi mamá? ¿Dónde está Maia? ¿Es Maia?».

—El gato nos quiere decir algo —dijo la sin nombre, mirando la fotografía. El animalito se había colocado junto a ella. Un relámpago iluminó los intersticios de los postigos y luego un trueno retumbó, sobresaltándolos.

Ernestina miró al felino con desprecio.

—¡Traidor! ¡Ya que tanto se entienden, pregúntale quién es! —. Cruzó los brazos y se apoyó en la pared.

—Tal vez Ernestina esté mejor —susurró la sin nombre.

5

—¡No estoy mejor! ¡Estoy muerta! —gritó Ernestina con la angustia raspándole la garganta. Un trueno furioso se descargó desde el cielo y unos golpes duros retumbaron en la puerta de entrada. Todos voltearon, asustados.

Ezequiel tomó la delantera al bajar, los demás lo siguieron junto con Ernestina, que cerraba la marcha, mirando al gato con desaprobación. «¡Traidor!». El animal ni siquiera se dignó a mirarla.

El dueño de casa abrió la puerta y se encontró con el comisario Luna guarecido bajo el alero de tejas de la entrada. Las gotas de lluvia eran gruesas y caían, pesadas. Un viento rabioso sacudía las copas de los árboles.

—Señor León —saludó el policía, quitándose la gorra azul—. ¿Puedo pasar?

Ezequiel no contestó, lo miró con cara avinagrada y se hizo a un lado para que entrara. El comisario pareció sorprendido con las presencias de Tupac y la mujer.

—Señora. —Inclinó la cabeza. Sabrina entornó los ojos.

—¿Descubrió algo? —preguntó, afligida.

—No. En realidad, estaba un poco preocupado por el señor y la señora Andrade. Un vecino llamó a la comisaría, dijo que vio luces extrañas y ruidos en su casa, ¿están bien?

Tupac abrazó a su mujer.

—Sí, estamos bien.

—¿Sabe algo de mis hijas? —inquirió Sabrina, a lo que Ernestina abrió los ojos como platos.

El comisario pasó su mano por la barbilla, como si le resultara difícil tratar el tema con la señora.

—He estado hablando unas pocas palabras con Maia —expresó, arrastrando las palabras—. Ella... sigue en la misma postura. No quiere verlos ni hablar con ninguno de ustedes.

—¿Y Ernestina?

—Igual. Los médicos no tienen esperanzas, son demasiados días ya.

Los sollozos se escucharon en todos los rincones de la casa.

—Si no es molestia —continuó el policía luego de una pequeña pausa donde inspiró una gran bocanada de aire—, me gustaría hablar con el señor Andrade, por favor.

El aludido lo miró con nerviosismo, su mujer, aferrada a su brazo, no parecía tener intención de soltarlo.

Ernestina sintió un revuelo dentro del estómago. Todo en su cabeza daba vueltas.

«Su mujer, sus hijas, médicos. Maia no quiere saber nada con ustedes. ¿Cómo está Ernestina? ¿Cómo está Ernestina? ¿Dónde está Ernestina? ¿Quién soy? ¿Qué soy?».

Corrió escaleras arriba, a las fotografías, con el gato detrás, sobresaltando a los demás. Ezequiel corrió también.

Entró al cuarto agitada, le faltaba el aire... Ahí estaban las dos, en la fotografía enmarcada. Eran ellas. Ella y Maia. Pero, si Verónica estaba muerta y ella estaba con Maia en el hospital ¿por qué estaba allí también, en la casa? y ¿quién es la mujer de Tutu? La buscó en las fotografías, miró una a una las imágenes mientras su padre observaba con curiosidad al gato, que recorría la habitación con paso altanero y firme, como si toda su vida hubiera pasado allí.

Ernestina se sentó en la cama, sin fuerzas y con la boca entreabierta por el estupor. Allí estaba. No en una, sino en casi todas las fotografías. La mujer de Tupac. Guardaba cierto parecido con ella misma, similares facciones, labios finitos, pecas. Se parecía mucho a ella, sí, y a Maia. ¿Y Verónica?

—¡Te tengo! —gritó Ezequiel al apresar al gato, ella dio un respingo. El animal ni siquiera maulló. Simplemente recostó la cabeza en el pecho del hombre y cerró los ojos, soñoliento. Ernestina los miró alejarse escaleras abajo.

Alrededor de la mesa estaban sentados Sabrina, Tupac, la sin nombre y el comisario Luna.

—Lindo gato —murmuró el comisario al ver a Ezequiel con el animal en brazos.

—Apareció esta noche, no sabemos de dónde salió.

—Siéntese usted también, por favor. —El comisario le indicó la única silla que estaba vacía y el hombre se sentó con el felino en el regazo.

Ernestina se arrellanó en el sillón hamaca que había pertenecido a la abuela.

El comisario se aclaró la garganta. —Bien, señores. Tenemos muy poco hasta el momento, esa es la verdad, pero los resultados de laboratorio son concluyentes. Ambas mujeres fueron... —Carraspeó ligeramente— acuchilladas... Las dos tienen heridas defensivas... Creemos que....

—¡A mí no me importa la Robles! —gritó Sabrina fuera de sí—. ¡Quiso matar a mi hija!

Luna la miró con pena.

—Eso... todavía no está aclarado —puntualizó el comisario.

—Mamá... —dijo la sin nombre con voz temblorosa mirando hacia la ventana. La noche parecía más negra que nunca y la lluvia no cesaba. Pero no era eso lo que produjo en la joven el miedo que evidenciaba su rostro. Era la mecedora. Iba y venía con un ritmo

suave y cadencioso. Cuando todos voltearon a verla, Ernestina se dio cuenta de que, una vez más, había metido la pata y frenó la silla con el pie.

—Se... se detuvo... —sollozó la sin nombre, abrazando a Sabrina.

—¡Es el viento! —bramó Ezequiel, y se levantó a cerrar los postigos que habían quedado abiertos. Al hacerlo, el gato se vio en la obligación de saltar, pero en lugar de seguirlo, se ubicó junto a la mecedora.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ernestina, confundida. El felino gruñó. Los presentes observaron, atónitos.

—¡No, no es el viento...! —gimió Sabrina, totalmente trastornada —. Es... ¡Tiene que ser esa estúpida de Verónica que viene a por nosotros! ¡Fuera! —gritó al aire. El gato se acurrucó contra una de las tablas curvas de la mecedora y miró a la enajenada mujer con cara de susto.

—No es Verónica... Soy yo —se lamentó Ernestina, volviendo a mecerse en la silla de la abuela ante la estupefacción de todos.

El policía, lejos de dejarse influir por lo que consideraba una paranoia colectiva, caminó resuelto y frenó el movimiento con la mano. Ernestina lo miró desafiante e intentó volver a moverla, pero no pudo. «¡Por qué no puedo mostrar que estoy acá!», se lamentó, mientras el gato subía a su falda de un salto y abría las fauces, enseñando sus dientes

El comisario soltó el asiento y este comenzó a bambolearse otra vez.

—Bueno —dijo resignado, acomodándose los pantalones—, estos truquitos no nos van a distraer, vine hasta acá con semejante tormenta para cerciorarme de que los Andrade estuvieran bien. Ya veo que lo están, me gustaría aprovechar para hablar unos minutitos con el señor Tupac. ¿Puede ser? —Ante el silencio torvo del muchacho, continuó. —. Usted dijo que la noche del accidente, se encontraba en su trabajo, en...

—En el Casandra. Sí, estaba ahí, con mi socio y amigo, Alejandro Santos.

«¿Casandra?».

—Y luego fueron los dos a su casa.

—Sí, era el cumpleaños de mi mujer.

«Ah, ¿sí? ¿En qué día estamos? ¿En qué año? ¿Hasta qué año recuerdo?».

—Ahá. Y dígame, la señora Marisa Santos, ¿también estaba ahí...?

—Sí.

—¿Otra vez tenemos que pasar por todo esto? —preguntó llorosa, Sabrina—. ¡Los chicos ya le contaron todo!

«¡Shhhh!».

—No señora, si me hubieran contado todo, ya tendríamos resuelto el asesinato de Verónica Robledo y el fallido intento del de Ernestina.

«¿Fallido?».

—¡Lo de Ernestina fue un accidente! —exclamó Ezequiel.

—La señorita Maia no dice lo mismo —replicó el policía.

«¡Maia!».

—¡Ella nos culpa de todo a nosotros, a todos! —Sabrina se dejó caer, apesadumbrada. Su marido le acarició el hombro.

—Los voy a dejar ahora —Se disculpó el comisario—, Tupac, le agradecería que pasase mañana por la oficina, todavía hay una denuncia contra usted.

«¿Denuncia?».

—Sí, claro. Mañana estaré allí.

«Tengo que ir al hospital».

El comisario Luna se colocó la gorra que había cubierto con plástico para evitar que se mojase y salió de casa de los León. Corrió hasta su automóvil, la lluvia arreciaba. Grande fue su sorpresa al encontrarse con dos ojos verdes que lo miraban desde abajo del vehículo; era el gato. Volteó por si sus dueños aún estaban en la puerta. Solo vio la mirada enojosa de Ezequiel, que lo observaba por la ventana. Tal vez para asegurarse de que se fuera.

Luna señaló al animal, pero el señor León cerró la persiana con el mismo gesto adusto, casi de odio, con el que lo había mirado durante todo el último tiempo. Los árboles se sacudían de tal manera, que asustaba continuar a la intemperie, por lo que encogió los hombros y se metió en el auto. El gato aprovechó para introducirse también con un maullido agudo, que le provocó un buen sobresalto, y se acomodó en el asiento de atrás.

Lo miró por el espejo y sonrió. Si a los León les preocupaba su gato, que lo fueran a buscar la comisaría, él no lo dejaría a la intemperie con semejante temporal, ni tampoco bajaría a llevárselos, lo único que quería era llegar y tomarse un café bien caliente. Puso en marcha el motor y el estampido de la puerta trasera que se abrió de golpe, lo asustó. Estaba seguro de haber colocado el seguro. Luego de unos segundos en los que miró a todas partes, la cerró, girando su cuerpo con dificultad. Miró al gato por el retrovisor con algo de desconfianza y emprendió la marcha.

En el asiento de atrás, Ernestina acariciaba a su amigo y esperaba que, en su compañía, sus fuerzas no decayeran al alejarse, aún más, de la casa en donde, estaba segura, algo le había sucedido.

Acompañar a Luna no era su objetivo, pero la comisaría estaba cerca del hospital. Incluso, si el comisario se dirigiera a su propia casa, la dejaría cerca también.

El trayecto se le presentó desconocido, pero no le extrañó; estaba demasiado oscuro afuera y los relámpagos no hacían más que distorsionar las formas. Imposible reconocer el camino. Una lucecita roja parpadeó en el tablero; Luna tomó un micrófono y se lo acercó a la boca.

—*Comisario, ¿está bien?* —Se escuchó una voz, casi infantil, del otro lado—. *¿Qué pasó con los Andrade?*

—Están todos bien, en casa de la chica. ¿Alguna novedad?

—*No... ¿Cree que lo de Verónica Robledo está resuelto?*

—No estoy muy seguro; ahora nos vemos y hablamos. ¡Está terrible conducir con esta tormenta!

—*De acuerdo. Cuídese Comisario.*

—Cambio de planes. Vamos a la comisaría —le dijo Ernestina al gato.

La voz que había escuchado en la radio pertenecía a un jovencísimo policía de cabeza rapada y ojos saltones, delgado como un tallo. Contrastaba con la gruesa estampa de Luna, aunque de estatura andaban bastante parejos. No parecía haber nadie más en el lugar.

—¡No sabía que tenía un gato! —exclamó el muchachito, acuclillándose para acariciar al minino.

Luna torció la boca mientras colgaba la gorra y el piloto en un perchero.

—Estaba en casa de los León, no sé por qué se vino conmigo —explicó, revolviéndose el cabello con los dedos. Luego fue hacia la pequeña habitación que hacía las veces de cocina, equipada con un anafe eléctrico, una cafetera y un microondas que había dejado de funcionar hace tiempo—. Te decía, lo de la chica Robles me tiene algo confuso. ¿A ti no?

—La verdad es que no estoy seguro de nada con este caso —expresó el chico poniéndose de pie—. ¿Qué fue lo que pasó en casa de Andrade?

Luna sonrió mientras se acercaba a su escritorio y apoyaba la taza.

—¡Parece que creen que hay fantasmas!

El muchacho colocó las manos en su cinturón y lo miró, divertido.

—¿Tienen miedo de que la muerta regrese por venganza? —La sonrisa dejaba ver sus incisivos, lo que lo asemejaba de modo increíble, según el comisario, a un conejo, o a un ratón.

—¡La muerta y las vivas! —acotó Luna con una risotada.

Ernestina frunció el entrecejo.

—¡A ver, Danilo! ¡Trae el expediente que vamos a empezar a repasar todo este berenjenal!

«¡Al fin!», pensó ella, acodándose en el escritorio, al lado del comisario. El muchacho regresó con una gruesa carpeta marrón que tenía sueltos la mitad de las hojas y acercó una silla.

—Bien —comenzó el superior, abriendo la documentación—. La autopsia reveló que alguien sostuvo por la nuca a Verónica Robles hasta que se ahogó.

Ernestina se sorprendió y miró de refilón las fotografías. Sus ojos celestes se abrieron de par en par ante lo obsceno de ese rostro morado e hinchado, que no se parecía a nadie que pudiera recordar.

—Era la única forma en que esa chica pudiera ahogarse —acotó el jovencito—. Era una eximia nadadora, según los vecinos.

—Podría haberse acalambrado —apostilló Luna—, pero no es el caso. Estamos de acuerdo que, para sostener a una joven de sus características, alta, deportiva..., hizo falta mucha fuerza.

—O desmayarla previamente. Tiene un fuerte golpe en la cabeza, de antes de morir.

El comisario lo miró, pensativo.

—Sí, sí. Pero yo creo que el golpe se lo hizo al escapar...

—Sigue convencido de que la mató Tupac Andrade.

Luna asintió con los ojos y se estiró en su asiento.

—Igual hay cosas que no me encajan —pronunció en voz baja, retomando su taza de café—. Estoy seguro de que no fue un asesinato premeditado... Además ¿por qué iba a matarla? Su esposa sabía que había tenido un romance con ella después de la separación.

«¿Separación?».

—Las dos mujeres mantenían la distancia, según lo investigado, ¿verdad? —El chico asintió—. ¿Dónde está la declaración de la hermana de la víctima?

—Es esta si no me equivoco —Danilo tomó con dos dedos una hoja que sobresalía de la carpeta y se la alcanzó.

—Esther Robles... —leyó Luna.

«¡Esther, la vecina, es hermana de Verónica!», recordó Ernestina.

—Ella dice que la víctima recibió un llamado y después salió a encontrarse con alguien...

—¡Y usted dice que no fue premeditado! El número desde el que la llamaron es el del pub, donde trabaja el tal Tutu. —Pronunció el apodo con tono burlón.

—Sí, y en un horario en el que estaba solo... Todo apunta a él.

—Entonces ¿qué es lo que no le cierra?

—¡Nada! —El comisario arrojó los papeles sobre el escritorio y volvió a tocarse la cara—. No me cierra nada... ¿Para qué necesitaba matarla?

—Tal vez había algo que ella sabía y de lo que no tenía que enterarse la esposa.

El comisario desvió los ojos a la ventanita cuadrada detrás de la cual, los árboles sacudían sus copas, recortando siluetas terroríficas con la luz de los relámpagos.

—Hay algo que no estamos viendo, Palacios. Algo muy turbio. ¿Cómo es que la gemela termina en coma, casi estrangulada en su casa?

«¿Gemela?».

—¿Por qué la menor no quiere hablar con nadie de su familia? ¿De qué los culpa? ¿Qué sabe?

«¿Gemela?».

—Alguien las atacó —replicó el joven con los ojos fijos en las fotografías de la Robles—. Eso lo tenemos claro ¿no? El superior se había recostado en su butaca, viendo las manchas de humedad en el techo. Luego se tumbó hacia adelante y suspiró.

—Así es —respondió con voz vaga—. Intenté hablar del tema con los León, pero fue imposible... Están medio locos, me parece... —Dudó unos segundos—. ¿Qué dice el informe del ataque?

Danilo buscó en el desordenado expediente, mirando de soslayo al comisario, que había entornado los párpados fijando la vista en algún punto incierto y parecía haber ingresado en algún tipo de trance.

—Verónica Robles tenía dos heridas —leyó—: una en el antebrazo derecho y otra en el muslo del mismo lado, provocados por un objeto cortante de filo medio. Ernestina León también tiene cortadas en los antebrazos, presumiblemente, realizados con el mismo objeto. El forense infirió que las dos mujeres fueron atacadas por el mismo sujeto y al mismo tiempo.

El muchacho dejó la hoja sobre el montón y se estiró en la silla. Su jefe continuaba en la misma posición.

—Tal vez Tupac Andrade quiere hacerse con la fortuna de los León... —apostilló el comisario, pensativo—. Su unión con Casandra le garantiza una parte del pastel. No le conviene un divorcio.

Ernestina se apartó del escritorio, donde había permanecido inmóvil junto al comisario, y comenzó a caminar por la oficina rascando sus extremidades. Lo que acababa de escuchar le despertó cierta comezón que no lograba controlar. El gato la siguió con la mirada desde el rincón en donde se había acurrucado y Danilo, que a su vez lo observaba, se preguntó qué sería lo que veía el minino, que él no. Era evidente que algo seguía con sus ojos.

En un segundo, toda la luz del edificio se apagó y un rayó sesgó la noche, iluminando la habitación como un flash fotográfico. El muchacho dio un salto en la silla y se quedó paralizado viendo hacia la ventana; la silueta de una mujer se recortó, perfecta, sobre los vidrios. El trueno lo hizo chillar, el comisario abrió los ojos, molesto.

—¿Le tienes miedo a las tormentas, ahora? —protestó, poniéndose de pie— ¡Lo que nos faltaba con esta noche de mierda! ¡Que se nos corte la luz! —Su compañero tenía los ojos abiertos de par en par, parecía atornillado a la silla—. ¿Qué te pasa? ¿Viste un fantasma? —

Sonrió y sacó su linterna del bolsillo. Intentó encenderla, pero el mecanismo no respondió. Los relámpagos iluminaron el ambiente de manera tal que sus movimientos parecían lentos—. ¡Danilo! —gritó—. ¡A ver si tu linterna funciona porque esta no... ¿Qué miras? —Al levantar la vista cayó sentado sobre el sillón, con la boca abierta. Las luces se encendieron y volvieron a apagarse, ambos quedaron mudos.

—¿Qué...? ¿Qué fue eso? —preguntó el joven sin apartar los ojos de la ventana.

—¡Es la luz! —bramó, desencajado, el comisario—. ¡Y esta tormenta de mierda que nos está jugando una mala pasada!

—Pe-pero usted la vio..., ¿no es así?

—¿Qué cosa? ¡Yo no vi nada! ¡Dame la linterna!

Ernestina continuaba de pie frente al ventanal. Sabía, por el terror que se dibujaba en sus rostros, que ambos la habían visto gracias a los relámpagos. Comenzó a cercarlos, paulatinamente.

Danilo se levantó a trompicones de su silla y caminó hacia atrás.

—¡Dame tu linterna! —ordenó el comisario con voz pastosa y agitada. El muchacho manoteó el bolsillo de su pantalón y sacó el cilindro metálico mientras continuaba en retroceso.

Luna no consiguió encender esta tampoco y, con toda la fuerza de su frustración, la arrojó sobre la figura espectral que caminaba hacia ellos. Los vidrios estallaron con el impacto. Ernestina no se inmutó. El gato se colocó a su lado y juntos avanzaron, mientras los policías retrocedían más y más, hasta que sus espaldas dieron contra la pared. Era el fin.

Un pavoroso trueno pareció zarandear el edificio y las luces volvieron a encenderse. Los policías se miraron espantados; luego al gato, que se había apoltronado en la silla del más joven y los miraba con indiferencia. Ernestina ocupó el sillón giratorio del comisario y comenzó a dar vueltas en él.

—Fue... Fue una mala noche... —balbuceó Luna, viendo con ojos inyectados como la silla giraba sin detenerse—. Creo que... mejor me voy a descansar... ¿Te llevo a tu casa?

—¿Vamos a dejar la comisaría sola, señor?

—¿Te quieres quedar?

—¡No, señor!

—Cerramos con llave y listo. Faltan un par de horas para que amanezca. Camila vendrá a abrir entonces.

Salieron a toda velocidad. Ernestina los vio por la ventana subir a los empellones en el automóvil del comisario. Sonrió sin ganas y miró al felino, que había trepado al escritorio.

Intentó agarrar algunas hojas, pero no pudo. Fue el gato quien, con la delicadeza de sus almohadillas, las fue apartando y arrastrando hasta que quedaron visibles.

Se sentó y leyó: «Se cree que, tanto Verónica Robles como Ernestina León, fueron víctimas de un desconocido que las habría atacado con un cuchillo. Al no poder asesinarlas, golpeó fuertemente a ambas, llevando a Robles en primer lugar hasta el mar y sumergiéndola hasta su fallecimiento, para luego regresar por León, a quien habría intentado estrangular. La joven, de alguna manera, logró escapar en su automóvil, con tal mala suerte, que este volcó a la altura del kilómetro veintisiete. De allí fue rescatada horas después en estado inconsciente y trasladada al hospital Santa María, donde permanece en estado vegetativo...».

Ernestina tiró la espalda hacia atrás y miró, en el techo, las manchas de humedad.

«Estoy en coma».

¿Había sido Tutu quien la había arrojado por las escaleras, en su propia casa? En el pasamanos aún estaba la marca hecha por un cuchillo. ¿Sería el mismo cuchillo del que hablaba el informe policial? Ladeó un poco la cabeza. Ella vio a.… ¿quién? cortando su ropa con una tijera. ¡La mujer de Tutu! Ella era quien cortaba las prendas... ¿La mujer de Tutu? «¡Yo soy su mujer!».

El gato deslizó sus patas una vez más sobre los papeles y una fotografía quedó expuesta. El rostro de Ernestina se transfiguró, dio un alarido desgarrador que obligó al felino a meterse bajo el escritorio.

La fotografía mostraba a dos mujeres idénticas. Rubias, de cabello largo y clarísimos ojos celestes. El calco una de la otra. Ernestina no pudo evitar sentir puñales clavándose dentro de su corazón, rasgando cada centímetro de lo que aún quedase de ella. Con furia incontenible levantó el escritorio y lo arrojó contra la pared, mientras los papeles volaban sin control.

Afuera comenzaba a amanecer, la tormenta había cesado. Sólo llovía. A cántaros. Igual que dentro de ella; el llanto la ahogaba. En un segundo recordó todo lo que su mente había intentado olvidar. Tenía que ir al hospital, recuperar su cuerpo comatoso y gritarle al mundo su verdad antes de que fuera demasiado tarde.

6

El interior del hospital difería en todo de lo que tenía almacenado en sus inestables recuerdos. Las paredes no eran grises ni estaban descascaradas, las luces no lucían amarillentas ni había bombillas oscurecidas por la suciedad, ni telas de araña colgando de los techos. Todo era blanco, etéreo e impoluto. Lo único que contrastaba era el gato que caminaba a su lado y que parecía flotar sobre el piso.

Ya no llovía. La luz brillante que entraba a través de las ventanas la encegueció. Las pocas personas con las que se cruzó le parecieron irreales, siluetas blanquecinas que ondulaban a su alrededor y se esfumaban en el aire.

No estaba muy segura de hacia dónde se dirigía, entonces se dejó guiar por el animalito, a quien tenía la certeza de haber conocido antes, mucho antes, cuando era real, cuando tenía vida. A la vez, sabía dónde tenía que ir. Caminaba con confianza, aunque con miedo.

No tuvo necesidad de abrir la puerta doble que se le presentó de pronto. Alguien lo hizo por ella, se limitó a pasar antes de que se cerrara.

«¡Maia!».

Allí estaba su hermana menor, con las piernas levantadas sobre el apoyabrazos de un silloncito, también blanco y la cabeza recostada en el respaldo; se había dormido. ¡Qué hermosa era! A su lado, en una cama estrecha, un cuerpo yacía conectado a una serie de aparatos tan mudos como su nuevo mundo. La mascarilla de oxígeno apenas permitía vislumbrar un rostro pálido y demacrado. Los brazos, delgados como palillos, descansaban sobre las sábanas blancas; cada uno conectado a una vía, con apósitos pegados y vendas que no lograban disimular los morados que los recorrían. Se acercó lentamente para no despertar a su hermana. Con mucho temor fue acercándose. Hasta el mismo aire parecía desvanecerse a su alrededor, no podía respirar; como si dos manos muy fuertes la estrangularan por la garganta. Con ojos desorbitados miró los aparatos: ninguna aguja, ninguna marca se movía en ellos. Un silbido sordo resonó con tanta fuerza que despertó a Maia. Una línea verde se trazó recta en un monitor y sintió su espalda curvarse. Un hálito se desprendió de su cuerpo inerte y la miró a los ojos. Eran los suyos, sus propios, pequeños, transparentes y hermosos ojos celeste pálido.

—¡Enfermera! —gritó Maia, saltando de la silla— ¡Médico, por favor!

Ernestina se llevó las manos a la boca con el rostro bañado en lágrimas, el gato se acurrucó a sus pies y ella se dejó caer a su lado,

sin fuerzas para sostenerse. Lloró hasta que ya no pudo más.

Agarrándose de las paredes, se levantó justo en el momento en que alguien cubría el rostro de su cuerpo, ¡su cuerpo!, con la sábana. Maia no tenía consuelo. Sintió la necesidad imperiosa de abrazarla. Y lo hizo, la abrazó, aunque ella no lo notara. Aunque nunca supiera que estuvo allí, a su lado.

Por la puerta aparecieron sus padres y Tutu. Tutu con *ella*. La causante de todas sus desgracias. La que hizo que nadie la viera nunca, ni siquiera cuando estaba viva.

Quería matarla. De haber podido, lo hubiera hecho. Se acercó con toda su furia, la pateó, la golpeó, le tiró de los pelos. Pero ella no se inmutó. No sintió nada. La ignoró, como siempre. Sólo miraba a Maia, incrédula. ¡Como si a Maia le importara! Intentó abrazarla, pero la menor de las hermanas, con el rostro bañado en lágrimas gritó, con voz entrecortada:

—¡No te me acerques! ¡Ninguno de ustedes se atreva a acercarse! ¡Váyanse todos de acá!

—¡Es mi hija! —gritó Sabrina— ¡Tengo derecho!

—¡Derecho! —masculló la joven con desprecio—. ¡Ninguno de ustedes tiene derecho a estar acá!

—Señora. —Un médico se acercó a Sabrina y la tomó por los hombros—. Será mejor que se retiren. Por favor.

Ezequiel tomó a su mujer del brazo con suavidad y miró a Maia con ojos llorosos.

—No es a nosotros a quien tienes que culpar —reprochó con voz dolida—. Y no nos vas a impedir enterrar a nuestra hija.

¡Enterrar! Ernestina se llevó las manos a la cara. ¿Y después qué?

El gato ronroneó a su lado y caminó hacia la salida.

—¡No! —murmuró ella entre sollozos— ¡No me voy a ir ahora!

El felino volteó ligeramente, la inspeccionó con mirada destellante y gruñó, enseñando sus colmillos. Luego, como si nada, continuó con su camino, ignorándola por completo. Ella bufó y salió tras él. Pasó por al lado de Tutu y de la mujer, cuyo nombre no quería pronunciar, pero que ya recordaba perfectamente. Retumbando en su cabeza, una y otra vez. Como durante toda su vida. Con terror, supo que estaría también durante toda su muerte.

La luz del día la encegueció, aunque ya no lastimaba sus ojos. Ya no tenía esa sensación absurda de tener aún un cuerpo; era una extraña sensación de estar flotando, el aire la acariciaba, como si estuviera completamente desnuda, hasta sin piel.

En la comisaría, la oficial Camila acomodaba el desorden de papelerío que encontró al llegar, dos compañeros levantaron el escritorio y lo regresaron a su sitio. El comisario Luna y su ayudante

entraron con los rostros desencajados de asombro.

—Pero ¡qué...! —balbuceó Danilo.

—Parece que las ventanas no quedaron bien trabadas —explicó Camila con una sonrisa, mientras se ponía de pie con una pila de papeles y carpetas en las manos.

El comisario y Danilo se miraron de soslayo, sin pronunciar palabra.

—¡Buen día, Comisario! —saludó uno de los oficiales con jovialidad—. ¿Quiere un café?

—Sí... Sí, gracias. ¿Ya está el escritorio?

—Sí, señor.

—Bueno, a ver si encuentran los expedientes de los asesinatos.

—¿Los? —preguntó Camila.

—Sí. Ernestina León acaba de fallecer.

—¡Uf! —resopló la oficial, dejándose caer sobre una silla y colocando la pila de papeles sobre su falda.

Ernestina se sentó en el alféizar de la ventana, recostó su cabeza en el marco y rodeó las piernas con sus brazos. De haber sentido algo, sería tristeza. Hasta hacía un rato la sentía. Ya no. Tampoco era angustia. Era vacío. Hueco. Eso era.

—Tenía la esperanza de que despertara del coma y nos dijera quién les hizo eso —dijo Camila con un suspiro.

—Tupac Andrade. —El Comisario pronunció las palabras como una sentencia. Ernestina se sobresaltó.

«¡No! ¡No fue él!».

—Yo también estoy convencida —consintió Camila—, pero ¿cómo lo probamos?

«¡No fue él!».

Ernestina buscó al gato, pero no lo vio. Saltó por la ventana al pequeño jardín de la Comisaría y miró tras cada maceta, cada mata de arbustos, pero no lo pudo encontrar. «¿Ahora me abandonas?».

Regresó al interior de la oficina y se detuvo en los papeles y fotografías que quedaban en el piso. Casi dio un grito al verse en una de ellas. Su rostro amoratado la impresionó, sus labios casi blancos, los ojos enrojecidos, fijos en ningún lugar. «¡Dios! ¿Así me encontraron?». Se agachó y se observó con atención. Una línea entre gris, morada y roja le atravesaba la garganta. Y había sangre en su pelo. ¡La bufanda! ¡La campera! ¡Estaban allí, en su cuerpo!

La oficial Camila se acercó y se agachó para seguir recogiendo el material. Ernestina inspiró profundamente y sopló la fotografía; apenas se movió, pero fue suficiente para que la joven oficial la viera y la tomara con delicadeza.

—¡Pobrecita! —exclamó.

—Déjame ver esa foto —ordenó Luna. Camila se la alcanzó—. Su

hermana Maia aseguró que aquella tarde Ernestina llevaba una campera marrón y una chalina violeta —relató el comisario—. La forense dijo que es probable que la hayan estrangulado con algo de color violeta, por los hilos que se encontraron cuando la revisaron.

—El asesino debe haberla dado por muerta... —agregó Danilo.

—O alguien llegó y tuvo que dejarla así para poder huir —aportó Camila.

El comisario inspeccionó la fotografía. De vez en cuando, echaba una mirada de soslayo a la ventana; no olvidaba los sucesos de la noche anterior.

—Si lo hubieran interrumpido... —murmuró—, no habría tenido tiempo de sacarle la campera y la chalina...

—Tal vez ella se las había quitado antes... —dijo Camila—, no se olvide que la pobre chica estaba obsesionada con su cuñado...

«¿Cuñado? Tutu no es...»

—Sí. —Luna se echó hacia atrás en el asiento y suspiró—. Veamos: Durante el tiempo en que Andrade se separó de su esposa tuvo una aventura con Verónica Robles, ¿verdad?

Los policías asintieron.

—Supongamos que Ernestina, obsesionada con el marido de su hermana, mata a Verónica, en un arranque de locura...

—Pero...

El Comisario levantó la mano indicando que no lo interrumpieran.

—Es solo para comenzar a explicarlo de algún modo. Tupac la vio y en algún forcejeo, la mató, o pensó que lo había hecho...

«¡No!».

—Pero... —continuó—. Sabemos que ambas fueron acuchilladas por *la misma persona y el mismo cuchillo,* antes de que fueran, una ahogada y la otra estrangulada... Recién ahora se puede hacer una autopsia a Ernestina.

«¡Autopsia!».

—Tal vez fueron dos... o tres, los asesinos —reflexionó Camila. Todos los ojos se posaron en ella—. Tal vez, uno las atacó con un cuchillo (ambas tienen heridas defensivas), Verónica corrió hacia el mar y ahí, otro, o el mismo, la ahogó...

—Alguien fuerte —aseveró Danilo.

—Ernestina quedó en la casa —siguió Camila con su teoría—. El mismo, u otro, la estranguló con su propia chalina.

«¡No! ¡No fue así! ¡No pudo ser así!».

Luna recargó los antebrazos sobre el escritorio y entrelazó los dedos. —Eso reafirma mi teoría... Que fue Tupac: se explicaría que la hayan sacado de la casa... Necesitó ayuda... Entonces, tienes razón. Hay por lo menos, una persona más, involucrada. ¿La esposa? ¿Creen que la mujer de Tupac mataría a su propia hermana?

«No».

—¿Por qué Maia culpa a su familia? —preguntó Danilo—. ¿De qué?

—Eso es algo que nos contará en cuanto podamos interrogarla... Hay un problema con esa gente... Creo que tuvieron problemas con la luz —miró a Danilo de reojo—, fue anoche, con la tormenta... ¡Bueno! Vamos a trabajar. Camila, ve a ver si los Andrade saben algo de la campera y la chalina... —Iba a seguir hablando, pero la joven lo interrumpió.

—¿Ahora? ¿Le parece? Acaba de morir la hermana...

—No te preocupes; la menor se encargó de sacarlos a todos a patadas del hospital. Fíjate si puedes sacarle a Casandra cuál es el problema de la familia

«¡No! ¡No pronuncien ese nombre!»

Ernestina intentó llevar sus manos a los oídos, pero no pudo. No podía levantar los brazos. No podía moverse. Temblaba. De pies a cabeza. Estaba aterrada.

—Danilo, tú ve al Casandra a ver si puedes averiguar quién llamó esa tarde a Verónica Robles.

—El pub se llama igual que la mujer de Andrade... —reflexionó Camila.

—Así es. El local es de Tupac, al menos el ochenta por ciento, por eso puso el nombre, en honor a su esposa, a quien no tardó en ponerle los cuernos. —Sonrió—. Su socio es Alejandro Santos, el marido de Marisa. ¡Bueno, vayan! Yo voy a arreglar todo este lío de papeles.

Ernestina sonrió.

«¡Así que nos quedamos solos!».

Había pasado un largo rato desde que los cuatro policías habían salido del recinto. Ernestina se sentó en el alféizar y observó divertida al comisario Luna. El hombre miraba de manera constante hacia todos lados, se sirvió café dos veces y leyó los titulares del diario. Su estado de alerta era tal, que hasta el mínimo revuelo de la cortina, lo sobresaltaba, dejándolo durante largos minutos abstraído entre sus pliegues, como si esperara ver algo. O alguien.

Finalmente, dejó el periódico a un costado, acercó el sillón al escritorio, tomó una de las hojas de papel que estaban más arriba y comenzó a leer en voz baja:

—Se cree que tanto Verónica Robles como Ernestina León fueron víctimas de un desconocido que las habría atacado con un cuchillo. Al no poder asesinarlas, tal vez golpeó a ambas, llevando a Robles, en primer lugar, hasta el mar y sumergiéndola hasta su fallecimiento, para luego regresar por León a quien habría intentado estrangular. Esta, de alguna manera, logró escapar en su automóvil; volcando con

éste a la altura del kilómetro veintisiete. De allí fue rescatada horas después en estado inconsciente y trasladada al Hospital Santa María, donde permanece, desde entonces, en coma.

Se llevó la mano a la barbilla y se reclinó, levantando las piernas sobre el escritorio.

—El auto fue conducido por otra persona... —murmuró dejando descansar el papel sobre su regazo con la vista fija en las manchas de humedad del techo—. El asesino la dio por muerta, otra persona la colocó en el auto... y la hizo *accidentarse*... —Refregó sus lagrimales con las yemas de los dedos—. O tal vez el mismo asesino, no se atrevió a terminar el trabajo y armó un *accidente*... Todo sigue apuntando a Tupac...

—¡No, no y no! —gritó Ernestina golpeando el piso con el pie, como una niña rebelde.

El comisario se incorporó de un salto y miró extrañado hacia todos lados. Abrió la cartuchera del arma en su cinturón.

—¿¡Quién está ahí!?

Ernestina se llevó las manos a la boca, no dio un grito para no asustar aún más al atribulado comisario. ¡La había escuchado!

—¡La muerta que estás investigando! —respondió con el timbre más alto que pudo y esperó la reacción del hombre.

Los ojos desorbitados de Luna recorrieron palmo a palmo la habitación.

—¿¡Hay alguien ahí!? —repitió, con el arma en la mano, quitando el seguro.

—¡Soy Ernestina! —El comisario ya estaba atemorizado, así que no le importó gritar con todas sus fuerzas. El pobre hombre cayó sobre el sillón con la boca abierta, mirando desesperado a su alrededor.

—Comisario, ¿está usted bien?

La voz infantil de Danilo Palacios lo regresó, para su alivio, a una realidad algo más conocida. Ernestina levantó las pupilas y bufó, cruzando los brazos. Resignada, volvió a recargarse sobre el alféizar.

—¿Qué?... ¿Qué haces acá...? —titubeó Luna.

—El Casandra está cerrado... Márquez fue a ver al juez, a ver si libera una orden para requisar el lugar... Acá están los registros telefónicos que habíamos pedido... —Depositó dos hojas sin dejar de mirar con cierta preocupación a su superior, que tenía el arma entre las manos y temblaba ligeramente; pequeñas gotas de sudor asomaban en sus sienes y sus mejillas lucían arreboladas—. ¿Pasó algo? —preguntó, sentándose frente a él.

—Este caso... Pasan cosas raras... —balbuceó Luna.

—¿Como lo de anoche? —El comisario afirmó con la cabeza—. Guarde el arma... —aconsejó el joven—. Voy a buscarle un vaso de agua.

Ernestina estaba furiosa. Necesitaba comunicarse. Volvió a golpear el piso con el pie y, al ver que el comisario se sobresaltaba nuevamente, se separó de la ventana, tomó los postigos y los empujó violentamente. Sólo uno obedeció, a medias. No se estampó contra el marco como a ella le hubiera gustado, pero se movió bastante.

Cuando Danilo regresó con los vasos, vio a su comisario con el rostro desencajado y los ojos fijos en la ventana. Apoyó lentamente la vajilla y miró también.

—¡Santo Dios!

—¡Uf! —resopló Ernestina, harta de las idas y vueltas de los vivos —¿Me ven, me escuchan...? ¿Algo?

—¿Ves algo? —preguntó con voz temblorosa el comisario. Danilo movió la cabeza de manera afirmativa. La misma silueta de la noche anterior se recortaba en el espacio de la abertura—. ¿Escuchas algo?

Danilo negó lentamente.

—Pa-parece que yo te escucho...y él te ve... —La voz del comisario sonaba temblorosa, como si se estuviera helando.

Palacios levantó las cejas.

—¿¡Qué escucha!? —gritó desesperado, al tiempo que se encaramaba a la silla.

—No se asusten —pidió Ernestina—. Ustedes quieren saber qué me pasó. Yo también. Los puedo ayudar... No fue Tutu...

—¿Quién fue? —preguntó Luna.

—No lo sé, pero no fue él...

Danilo miraba la escena sin dar crédito a sus sentidos. Se aferró con tal fuerza a la silla que sus nudillos se veían absolutamente blancos.

—Es Ernestina León —repitió el comisario—. Dice que no fue Andrade el que las mató... No sabe quién fue, pero asegura que no fue él...

—¿¡Y usted le cree!? —El rostro del joven estaba rojo de cólera y de miedo—. ¡Ernestina estaba loca! ¡Usted lo sabe!

La muchacha trastabilló y su vieja sensación de ahogo regresó. Otra vez le faltaba el aire, le costaba respirar, aunque sabía que, simplemente, no lo hacía. Ella no respiraba. Una serie de fotografías desenfocadas cruzaron por sus recuerdos, imágenes grises de paredes descascaradas, luces amarillentas, telas de araña colgando de los techos, una habitación... Su habitación de paredes acolchadas y el camastro, duro como una roca. Los hombres de blanco...

—No fue Tutu —balbuceó entre lágrimas, mientras se dejaba caer al piso y se abrazaba a sus rodillas—. No fue Tutu... Él... Él me quería...

—¿Dónde está? —murmuró Luna, apuntando con su arma hacia adelante.

—¡No lo sé! —gritó desesperado su subalterno—. ¡Desapareció!

—Los encontramos! —La voz alegre de la oficial Camila hizo que de pronto, todo lo anterior pareciera un sueño. Su resplandeciente sonrisa fue desdibujándose a medida que observaba a sus compañeros. El rostro de Luna estaba rojo y sudoroso, el cuello de su camisa y axilas, empapadas; Palacios estaba montado de forma extraña sobre su silla, de la que bajó de un salto. Camila frunció el entrecejo y se acercó al escritorio, donde apoyó la bolsa negra que sostenía en sus manos, cubiertas con guantes de látex.

—¿Pasó algo? —preguntó mirando a ambos alternativamente.

—No. No. —El comisario guardó su arma en la cartuchera. Camila, no muy tranquila, esperó una explicación convincente acerca de por qué su superior apuntaba con el arma a su compañero.

—Estábamos haciendo una especie de demostración... —ensayó débilmente Danilo. Camila frunció la cara, con disgusto.

El comisario miró de soslayo la bolsa.

—¿Qué es eso? —preguntó con hosquedad sin dejar de buscar con la mirada alguna presencia en el entorno de la oficina.

—La campera y la chalina de Ernestina León. Estaban en la casa de la playa. Las llevo al laboratorio.

—¿Arrestaron a Andrade?

—Sí. Recalde los está ubicando arriba, para interrogarlos.

«¿Tutu está acá? ¿Arrestado?».

—¿Los? —preguntó el comisario.

—¡Claro! Trajimos a la mujer también. La chalina y la campera demuestran que Ernestina estuvo allí. Y las encontramos así como las traje, metidas en esta bolsa, listas para ser quemadas en la parrilla del fondo. Algo esconden. ¿Qué es esto? —Levantó dos hojas de papel del escritorio.

—El registro de llamadas del Casandra —contestó su compañero. Camila estudió el listado.

—¡Qué raro! —consideró— La llamada al teléfono de Verónica no se hizo desde la oficina, donde normalmente se encuentra Andrade... Se hizo desde el teléfono de la barra. —Los tres se miraron.

—Alejandro Santos —dijeron al unísono.

«¿Alejandro me mató?».

—¿No se supone que Andrade estaba sólo en el pub? —preguntó Danilo—. Podría haber ido hasta la barra y llamar, ¿o no?

—Podría..., pero sería difícil —afirmó Camila—. Cuando hay una fiesta, Andrade aparece antes que nadie y se encierra en su oficina. Según algunos habitués del lugar, no se aleja de allí por nada del mundo. Alejandro es quien se ocupa del salón. La llamada se hizo cuando, supuestamente, Alejandro no había llegado aún, pero...

—Tráiganlo —ordenó el comisario, poniéndose de pie y

acomodando su cinturón—. La mujer ya está acá. ¡Parece que los cuatro están implicados!

Ernestina prefirió aguardar en la oficina. Se resistió a escuchar las declaraciones de Tutu, la innombrable, Marisa y Alejandro. Ya se enteraría. Y si se desvanecía antes, mejor. Aunque algo le decía que no partiría definitivamente al otro mundo hasta no saber cómo, por qué y a manos de quién había terminado en coma en una cama de hospital, acompañada por su hermana menor. La única hermana que reconocía. La única que había permanecido siempre a su lado.

Se sentó en el borde de la ventana y se recostó en el marco. Echó un vistazo por si el gato andaba por ahí, pero no lo vio. Entrecerró los ojos y otra vez corrió escaleras abajo en la casa de la playa. Alguien la salvó por un pelo de ser apuñalada, el cuchillo se clavó en la baranda de madera. Dos manos la atraparon y la lanzaron por encima de la misma, dando de lleno contra el piso. Abrió los ojos llenos de susto, en el instante en que el comisario Luna, acompañado de su ayudante y la oficial Camila, entraban con rostros cansados y soñolientos.

—¡Bueno! —exclamó el superior, tirando dos carpetas sobre el escritorio— Sé que es algo tarde, pero me gustaría que saquemos conclusiones. ¿Pueden quedarse?

¿Tarde? Ernestina miró por la ventana. Era cierto. Había oscurecido.

—Sí, claro —respondió Danilo, prestamente—. Podríamos pedir unas pizzas.

—Sí —sumó Camila—. Yo también puedo quedarme un rato más. Y me parece una excelente idea lo de las pizzas, ¡tengo hambre!

Mientras el más joven hacía el llamado correspondiente, los otros se ubicaron a ambos lados del escritorio.

—Podríamos decir que todo esto es un tremendo lío sentimental, de celos, de amores no correspondidos y de envidia —comenzó Luna.

—Sí —afirmó la mujer del grupo—, y si le sumamos la esquizofrenia de la pobre Ernestina, tenemos el horrible resultado en el que devino su frustración: dos muertes.

La chica en el alféizar entornó los párpados.

—Pero, ¿quién mató a quién? —Danilo colocó su silla junto a la de su compañera.

—Si supiéramos eso ya nos estaríamos yendo a casa —suspiró el comisario, a la vez que se recostaba en el sillón con los tacos de los zapatos apoyados en el borde de la mesa y las piernas cruzadas.

—Ernestina siempre tuvo problemas —continuó Camila—. A los doce años tuvo su primera internación. Un incidente en casa de su abuela... Entró y salió varias veces del neuropsiquiátrico. A eso de los diecinueve o veinte años, pareció mejorar ostensiblemente,

medicación mediante. Entonces vino la debacle.

—Tutu —apostilló Danilo.

—Así es. Ernestina se enamoró del chico, pero él eligió a su gemela.

«¡Mentira!».

—Para poder estar cerca de su chica, Tupac volvió al pueblo y compró la casa de la playa. Compró también el pub, junto con Alejandro Santos.

—Lo que podemos deducir, de las declaraciones de los cuatro detenidos, es lo siguiente: Cuando Casandra y Tupac se casaron, Ernestina tuvo un quiebre que la hizo alejarse de la realidad. Maia, la menor de las hermanas, fue quien se ocupó de ella, ya que, al parecer, los padres no pudieron controlarla.

—Por eso Maia está enojada con la familia... —reflexionó, sin convencimiento, el Comisario.

—Exacto. Porque siendo la menor, ha tenido que ocuparse de la enfermedad de su hermana y, a pesar que desde entonces está pidiendo su internación, los padres parece que se niegan... es raro... hay que hablar otra vez con los León...

—O sea, que Maia era consciente de que Ernestina era peligrosa —volvió a comentar Luna.

—Todavía no hablamos con Maia, pero parece que sí.

—¿Y Verónica Robles?

—Hace poco, Tutu y Cas tuvieron una discusión fuerte y se separaron durante un tiempo. El muchacho, ni lerdo ni perezoso, cayó en brazos de la vecina; aparentemente tuvieron un romance que duró un suspiro. Enseguida la pareja se reconcilió y Verónica, según parece, no volvió a ser molestia para ellos.

—Yo, lo que creo —aportó el más joven—, es que Ernestina simplemente odiaba a su gemela; se puso en el lugar de ella, con su psiquis quebrada y sintió que su adorado Tutu la había engañado con Verónica.

—No sabemos quién atacó a quién hasta no tener todos los resultados de laboratorio —sentenció el comisario, a quien la historia le hacía agua por todas partes.

—Ya lo sé, es solo mi teoría —se defendió el chico—. Para mí, Ernestina mató a la Robles, Tutu la vio y la atacó.

—No me cierra —murmuró el comisario—. Ernestina no tenía tanta fuerza como para mantener la cabeza de Verónica bajo el agua hasta ahogarla...

—A no ser que haya tenido ayuda... —sugirió Camila.

Los ojos de Ernestina se perdieron en las manchas de humedad del cielo raso.

—Yo no maté a nadie —sollozó.

7

Aprovechó la llegada de la cena para salir con el repartidor, que había dejado dos humeantes y aromáticas pizzas. Se asombró de ver al gato nuevamente, agazapado junto a la entrada.

«¿Lorenzo?», se preguntó. Se le acababa de formar la idea de que conocía al gato de su tiempo con vida, de algún otro momento. Y creyó reconocerlo: ¡era Lorenzo!, un compañero de la escuela primaria que había muerto al caer dentro de un pozo.

—¡Ahí empezó todo! —dijo en voz alta, nadie la escuchó así que siguió hablando consigo misma—. ¡Pensaron que yo lo tiré al pozo! Pero no fui yo... fue...

Sintió necesidad de correr. Y corrió. Y mientras corría, lloraba. La gente se apartaba al ver al gato negro corriendo como loco por la calle. Era de noche y por fin no llovía. El cielo se había cuajado de estrellas y una enorme luna, redonda y brillante, parecía buscar consolarla.

Llegó al cementerio. Tres hombres cavaban una fosa para el entierro del día siguiente. *Su* entierro. Se tendió en el suelo y lloró con todo el dolor que le cupo en el corazón, lloró con miedo. El desarraigo le sabía a hiel. Le quemaba. ¿Qué podía hacer? No quería estar consciente cuando se cerrara el ataúd. Necesitaba irse lo antes posible adonde fuera que fuesen las almas que ya han cumplido su ciclo.

Eso necesitaba. Cumplir su ciclo. ¿Cómo lo haría?

—Tenemos que hablar con Maia —dijo el Comisario a su ayudante. Ve con Márquez y tráela.

—¿Con qué cargos? —se asombró el muchacho.

—No la detengas, sólo dile que necesitamos hablar con ella.

Ernestina abrió los ojos. Estaba en el jardín de la casa de la playa; la observó con atención. La pared estaba algo descascarada en la esquina y sus colores no parecían tan brillantes. Todo se había tornado más real. «Son recuerdos», pensó. Y sintió paz.

Acababa de amanecer, el césped le refrescaba la piel, se acurrucó entre las azaleas. Tutu apareció en el balcón con una taza de café en la mano y le sonrió a quien se había sentado en la escalerilla que bajaba a la playa. ¡Verónica Robles! ¡Con su pelo tan largo, tan negro, tan brillante! Subió los peldaños como una gacela. La espió entre las sombras. ¿Qué diría Casandra si los viera? ¡Era Verónica Robles! ¡Estaba segura!

—Ernestina y Casandra siempre tuvieron problemas —contaba Maia en la comisaría—, lo de Ernestina era algo más... grave, más

notorio. Era esquizofrénica, la pobre. Casandra, en cambio, solo es mala. Y mis padres, bueno... Son dos pobres personas que nunca supieron qué hacer con ellas. Yo soy dos años menor y he tenido que cuidarlas toda mi vida. Sobre todo, a Ernestina.

Alguien abofeteó el portoncito de madera... ¡Casandra! ¡No! ¡No es Casandra! ¡Pero tiene que ser ella! La mujer entró como una tromba con algo en la mano... ¡Un cuchillo! Ernestina se acercó a la ventana y espió. La intrusa subió las escaleras y los gritos fueron ensordecedores. Se tapó los oídos con las manos y comenzó a gemir y a hamacarse de adelante hacia atrás, como cada vez que tenía miedo. Tenía que entrar, pero no se animaba. Su hermana iba a matar a Verónica y la culparía a ella, como hizo cuando... ¿empujó a Lorenzo dentro del pozo de la casa de la abuela?

—Mis padres internaron a Ernestina por primera vez cuando tenía doce años. Yo tenía diez. Empujó a un compañero de la escuela dentro de un pozo. El pobre murió en el acto. El pozo estaba vacío.

Verónica salió corriendo, a los tropezones. El portoncito se trabó. La chica giró la cabeza y dio un alarido. Ernestina miró la puerta. Su gemela estaba allí, con ojos furiosos, mientras Tutu la sujetaba por la cintura para que no alcanzara a la vecina.

Una vez que entraron a la casa, Casandra se había tirado en el sillón y encendido el televisor. Él la miraba desde el desayunador. Pasó un rato hasta que el muchacho salió de la casa llorando, subió a la camioneta y se fue. Después salió Casandra, furiosa. Ernestina observaba hecha bolita, como cuando era niña.

—Cuando Ernestina conoció a Tupac, se enamoró perdidamente de él. Tuvieron un escarceo, pero en cuanto el chico se dio cuenta de que no estaba muy bien de la cabeza, se quedó con la gemela.

A lo único que atinó Ernestina fue a acudir a Maia; era la única en quien confiaba y que podría ayudarla. Siempre lo había hecho. Algo horrible iba a pasar en la casa de Tutu y Cas, y aunque detestara a su gemela, no quería que se convirtiera en una asesina. Y, mucho menos, que le hiciera daño a Tupac.

—Cuando Tutu y Cas se separaron, él se acostó con la Robles, en su propia casa, en la cama de mi hermana, ¿puede creerlo? Ernestina no lo pudo soportar, se quebró la pobre. Ya bastante tenía con que el amor de su vida se hubiera casado con su gemela para aguantar también que se acostara con la vecina. La persiguió por todas partes, Verónica, que no era ninguna tonta tampoco, entró una tarde en la casa...

Maia la acompañó hasta la casa de la playa, necesitaban saber qué ocurría. ¿Con qué excusa entrarían? A Maia se le ocurrió comprar el postre de miel y vainilla que le gustaba a Tupac. —¿Estás segura de que nadie te vio? —le preguntó. Ernestina negó con la cabeza, estaba asustada y confusa. La cantidad de fármacos en su sistema le nublaba el juicio.

—Mejor. Vamos a decirles que pasamos a visitarlos. Hazte la estúpida, que te sale bárbaro.

Pero en la casa no había nadie. Igual entraron. Maia siempre lograba lo que se proponía. Dejó el postre en el desayunador, sacó un cuchillo del cajón y subió la escalera, hacia la habitación.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ernestina, siguiéndola. Por toda respuesta, Maia cruzó su índice sobre los labios.

—Shhhh.

—Ernestina lo distorsionaba todo —continuó la menor de las León relatando a los policías, que se miraban de vez en cuando entre ellos —. Más de una vez, tomaba el lugar de Casandra, se confundía, mezclaba todo.

Maia abrió el cajón más alto de la cómoda y comenzó a cortar con el cuchillo la ropa que estaba en él.

—¡No hagas eso, Maia, por favor! —suplicó Ernestina, temblorosa.

—¡¿Vas a permitir que esa cualquiera te robe a tu marido?!

—Pe... Pero, no es mi m.… mi mari...

—¡Casandra! ¡Claro que es tu marido! ¿Tomaste las pastillas, hoy?

Sí, las había tomado, Maia misma se las daba cada mañana. Había insistido tanto en que se mudaran juntas para que pudiera cuidarla y no la internaran de nuevo, que ella había aceptado. Odiaba estar internada. Por eso se dejaba cuidar.

—Yo no soy...

—¡Claro que eres Casandra! Si vuelves a decir que eres Ernestina te van a internar ¡¿Entiendes?! Estás temblando... Toma, ponte esta campera y esta chalina, o, además, te vas a engripar. ¿Qué es ese ruido?

—Cuando Tutu regresó, Ernestina estaba a los gritos. Yo no sabía cómo pararla. Había destrozado la ropa de Cas, se había puesto su campera, su chalina. Tutu subió, como para calmarla, pero ella gritaba como una loca y empezó a bajar corriendo, él la agarró por la cintura, ella pataleó y se cayó por encima del barandal.

—¡Tenemos que salir de acá! —susurró Maia.

Comenzó a bajar las escaleras por inercia, sintió un frío que le pasó por al lado y se clavó en la barandilla de madera. Miró con espanto. ¡Un cuchillo! Lo agarró y miró hacia arriba. Su hermana ya no estaba. Se había perdido por la escalinata de la playa. Tutu quedó petrificado en la

puerta, mirándola. Ella temblaba.

—¡Suelta ese cuchillo! —gritó él.

Obedeció, trémula. Él subió y la sujetó. Te van a internar. Te van a internar. Las palabras de Maia le taladraban la cabeza; forcejeó hasta soltarse del muchacho. Volvió a tomar el cuchillo.

—Cuando abrí la puerta estaba amenazando a mi cuñado con un cuchillo.

—¿Por qué no llamó a la policía? ¿O le avisó a Casandra?

—¡No sabía cómo iba a terminar todo! ¡No quería ver a mi hermana otra vez en un manicomio! Y Cas... ¡No tenía idea de dónde estaba Cas! Agarré de un brazo a Ernestina y me la llevé.

—Me llevo el cuchillo también, no vaya a ser cosa que ocurra un accidente y por las huellas, culpen a mi hermana —le dijo a Tutu mientras la tironeaba hacia afuera. La llevó hasta la playa. Allí la atacó.

—No sé de dónde salió Verónica Robles... Ernes se volvió loca...

—¿Para qué me llamaste? —preguntó Verónica, mirándola, altiva. No vio el cuchillo que tenía en la mano, tras la espalda.

—Para defender a mis hermanas —respondió Maia, acercándose.

—¡Maia! ¡No! —alcanzó a gritar Ernestina, antes de que la menor se lanzara a apuñalar a la vecina. Verónica resbaló y cayó, Maia estuvo a punto de enterrar el cuchillo en su esófago, pero Ernestina la agarró por detrás y la golpeó. Si dejaba que la matase, la culparían a ella, como con lo de Lorenzo.

—La atacó con el cuchillo, yo traté de ayudarla, pero se escapó...

—¿Y Verónica? —preguntó Luna.

—Quedó ahí, tirada en la playa, fui a llamar a mi cuñado, y cuando volvimos...

Maia la empujó con fuerza, quitándosela de encima. Luego golpeó a Verónica con el revés del cuchillo.

—¡Ayúdame! —le ordenó—. ¡Ayúdame o hago que te internen! ¡Y sabes que lo puedo hacer!

Entre las dos llevaron a Verónica, semi inconsciente, hasta el mar.

—Vimos a la vecina ahogada en la playa. Ernestina ya no estaba. Seguramente agarró el auto y se fue. Y se estrelló...

Ernestina contempló con horror cómo su hermana sostenía la cabeza de Verónica bajo el agua, y cómo ésta, ya espabilada, luchaba en vano por su vida. Maia, enceguecida de furia, había adquirido una fuerza inusitada. Luego la miró, con los ojos inyectados de cólera, rojos de ira. Tuvo miedo.

Por primera vez, sintió miedo de su hermana. Y empezó a correr, pero la atrapó enseguida; enrolló la chalina en su cuello. Y la asfixió.

—¿A qué hora dice usted que ocurrió esto? —preguntó el comisario.

Maia dudó. —Entre las siete y las nueve de la noche, creo... no estoy muy segura. Imagínese, ¡estaba en shock!

—Su cuñado dice que usted lo fue a buscar a las diez y media de la noche.

—Bueno, sería algo más tarde, entonces. ¿Usted hubiera estado pendiente de la hora en un caso así?

—Seguramente no. Pero si tenemos en cuenta que el incidente de la escalera sucedió a eso de las siete... Pasó bastante tiempo ¿no cree?

—Es que no sabía qué hacer... Era mi hermana, por más enferma que esté, era mi hermana...

—¿Cómo se llamaba el compañerito que murió en el pozo de la casa de la abuela?

—Lorenzo.

—Lorenzo Ghío, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Era compañero suyo. No de las gemelas.

—Ah... No me acordaba...

—En su declaración dijo que el chico se había burlado de usted y entonces su hermana, Ernestina, tomó venganza.

—Así es.

—Y usted está segura que fue ella quien lo empujó?

—¡Claro! ¡Yo estaba allí!

Cuando despertó estaba en el asiento de un auto, atada al volante con la chalina, lo único que vio fue un árbol y luces. Muchas luces. Después las voces y el susurro permanente de Maia.

—¡Qué pena, hermanita! ¡Nadie va a saber nunca que en realidad siempre fuiste tan, pero tan tarada que terminaste siendo patética! Lo triste es que tampoco se van a enterar de lo inteligente que soy. ¿Sabes cuándo me di cuenta? Cuando te culpé por lo de Lorenzo, resultó tan fácil... ¿Y sabes por qué fue fácil? Porque eras tú. ¡Una idiota! Si hubiera sido Cas, me hubiera agarrado de los pelos y como mínimo, hubiera conseguido que nos internasen a las dos. Pero tú no me quisiste culpar, tuviste miedo... ¡Imbécil! Una vez que te internaron, aquella primera vez, ya fue todo más fácil. Etiquetada de por vida: loca. Después era cuestión de manejarte, confundirte; tu medicación ayudó mucho, y me las ingenié bien para que te aumentaran las dosis...

—Señorita, ¿está bien? —sonó la voz de una enfermera.

—Sí, gracias —contestó Maia con dulzura—. Le estoy leyendo un libro a mi hermana... Sí, querida —continuó volviéndose a ella—. Tengo El

Principito entre mis manos... ¡Mira qué gracioso lo que dice acá: "Lo esencial es invisible a los ojos"! Ya lo creo que sí... Nadie me vio, nadie sabe nada... Excepto tú. ¡Por eso estás acá! Y Verónica Robles, que quiso hacerse amiga tuya... ¡Tú no puedes tener amigas! ¡No es bueno para mí! ¡Por eso te convencí de que era una ramera, arrastrada, que lo único que quería era acostarse con el imbécil de Tutu! Y me hizo un favor cuando realmente lo hizo. Bueno, ahora tengo que esperar a que te mueras... porque te vas a morir acá, en este hospital. Y después me queda Cas, no va a ser tan divertido, pero ya lo tengo todo planeado. Heredaré todo, ya lo verás.

Epílogo

El ataúd bajó con lentitud al foso. Ezequiel y Sabrina, de riguroso negro y escondidos tras gafas oscuras, se abrazaron, llorando sin consuelo. Maia, algo más alejada, los contemplaba con apatía. Alejandro abrazaba a Marisa, que no podía dejar de temblar y llorar.

Tupac, de la mano de su esposa, no ocultaba el dolor genuino que sentía por la muerte de su cuñada. Al levantar la vista, vio al comisario Luna, que lo esperaba junto al auto policial.

Una vez finalizada la ceremonia, el grupo se dispersó. Tupac dejó a su esposa con sus amigos y se acercó al comisario.

—¿Todavía cree que yo la maté?

—Estoy investigando. Pero necesito saber algo: Ese hipocampo que tenía su cuñada... ¿era suyo verdad?

—De mi mujer. Se lo regalé en nuestro aniversario.

—¿Y cómo terminó en el cuerpo de su cuñada?

—Ni idea. Cuando nos separamos... Cuando se enteró del.... romance con Verónica, mi mujer me tiró la cadena por la cabeza. Yo se lo di a mi cuñada después. Para que se lo devuelva.

—¡Ah! Entonces por eso lo tenía ella... Se lo dio usted...

—No. Se lo di a mi otra cuñada. A Maia.

El comisario juntó los labios y chasqueó la lengua.

—¿Cómo se lleva su mujer con Maia?

—Se llevaban muy mal por todo lo de Ernestina. Pero ahora, con su muerte, parece que se han reconciliado... Creo que Maia la invitó a viajar con ella a Europa.

—¿Cuándo sería eso?

—En unos días...

—Espero terminar antes mi investigación...

—¿No está todo aclarado ya? Ernestina mató a Verónica, huyó... Y se mató en el accidente... ¿No fue así?

—No. Ernestina no podía conducir. La medicación que tomaba se lo impedía. El Instituto en donde estuvo internada, nos informó que a veces se pasaba de dosis y tenía lagunas mentales, por eso confundía un poco las cosas... Ni siquiera tenía registro. Y el auto, que creíamos que era de ella, estaba a nombre de Maia.

—Bueno, no quita que Ernestina agarrara el auto por su cuenta...

—No sabía conducir.

Tutu encogió los hombros y miró hacia abajo. Un gato de pelaje ámbar estaba sentado junto a él y lo miraba en silencio con sus clarísimos ojos celestes.

—Me despido, Tupac. No abandone la ciudad. Y.... aconséjele a su

esposa que posponga ese viaje a Europa con la hermana por ahora... Otra pregunta... Cuando usted se casó, hubo un... incidente con Ernestina...

—Sí. Cas y yo nos casamos solamente por civil y después hicimos una pequeña fiesta en el pub... Ernestina apareció en la fiesta vestida de novia... fue... muy triste, patético.

—¿Maia asistió a la fiesta?

—No, estaba muy enojada con Cas... Cosas de hermanas.

—¿No fue ella quien pasó a buscar a Ernestina después del papelón...?

—¡Tiene razón! Sí, fue ella.

—¡Me dijiste que era una fiesta de disfraces! —había sollozado Ernestina mientras subía al auto.

—¡Porque eso fue lo que me dijeron a mí! —aseguró Maia, riendo—. ¿Ves que lo único que quieren es hacerte daño?

El gato maulló lastimero y el joven se agachó para acariciarlo. Casandra se acercó y se acuclilló junto a él. Había llorado y se le notaba.

—Pasé tanto tiempo detestando a mi hermana... —sollozó.

—No era mala... —intentó consolarla Tupac—. Estaba enferma...

—Ya lo sé... Pero igual la odié y no me gusta... es que... ¡me hizo tanto daño...! ¡Hasta llegué a creer que tú la habías matado! Por eso acusé a Marisa, tuve miedo... ¡Es que Ernestina nos volvía locos a todos!

—Tranquila.

Un beso terminó la conversación y la pareja partió rumbo a la casa de la playa. El gato ambarino los siguió detrás.

El comisario se calzó las gafas oscuras y miró a su derecha donde, desde lejos, Maia lo saludaba con una deslumbrante sonrisa.

FIN

Obras de la autora

Lo imperdonable
In aeternum
Más allá de toda duda razonable
Kika

Serie Galo Cienfuegos
Una carroza para Belén
La cruz de alabastro

Serie Emily Hattie
La doncella que limpiaba los cristales
Los niños que nadie quería

Patricia Om Contacto

Letraeclectica@gmail.com

Este libro fue adquirido a través de la tienda Amazon. Me ayudaría muchísimo que dejaras tu comentario en la plataforma. Desde ya, mi más sincero agradecimiento por haber leído esta historia.

Patricia Om